



EDDIE THORNY

REQUIEM

por LARRY



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1964
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 38 - MADRID

Impreso en Editorial ROLLAN--Madrid

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS

1. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
11. Shanghal (3.ª ed.) (1).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta tracción (2.ª ed.) (2).
26. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
25. Una ciudad abierta (4).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
30. Trampas mortales (5).
168. Precinto «C» (3).
167. Un hombre (1).
168. Yo el juez (4).
169. El capitán de su alma (5).
171. Fuego en la sangre (29).
172. ¡Ultimátum! (4).
173. El ángel de Harlem (5).
174. El quinto viajero (3).
175. Agente núm. 1 (4).
176. Rata acorralada (14).
177. A una carta (3).
178. Hay que saber morir (7).
179. Grita una mujer (5).
183. Morir no es fácil (3).
184. La silla espera (5).
185. Falsas apariencias (33).
196. Cien blancos en el infierno (31).
187. Ojos en la noche (4).
188. Problema resuelto (33).
189. El disco rojo (29).
190. Una pista en Ceylán (24).
191. La heredad de los Lawson (34).
192. La pista perdida (5).
193. Misión de guerra (15).
194. El crimen de las esmeraldas (35).
195. Muerte robada (29).
196. El agente fantasma (5).
197. Confesión (4).
198. La muerte de Loise Bernard (34).
199. Zona de ocupación (17).
200. F. B. I. contra Crimen. S. A. (1).
201. 30.000 dólares (36).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).

206. Gran Hotel (38).
 208. La coartada falló (7).
 207. Lydia (8).
 208. El peso de la Ley (30).
 209. La única oportunidad (23).
 210. Aquelarre (4).
 211. La muerte ronda (33).
 212. Error fatal (39).
 213. Hacia el abismo (7).
 214. Ojos delatores (37).
 215. Reportero de sucesos (4).
 216. ¡Fugitivo! (40).
 217. Rehabilitación (33).
 218. El extraño agente (5).
 219. No escaparas de mí (45).
 220. La garru enguantada (4).
 221. Sombras en rojo (37).
 222. Aprendiz de policía (36).
 223. Torrente de pasiones (5).
 224. Lazos rotos (33).
 225. Muerte en la carretera (4).
 226. Sangre de periodista (23).
 227. Hielo caliente (27).
 228. Dos vidas (3).
 229. Cara es la victoria (30).
 230. Uno contra todos (28).
 231. La Ley y él (5).
 232. Oscura traición (41).
 233. ¡Alto! (4).
 234. Sólo existe un dilema (9).
 235. Legión extranjera (30).
 236. Sindicato criminal (40).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|-------------------|---------------------|
| 1. Alf Manz. | (16) Alan Carson. | (30) Jim Murray. |
| (2) Fred Baxter. | (17) Al Cortroo. | (31) Sand Burt. |
| (3) Frank McFair. | (18) Jack Grey. | (32) Joe Greip. |
| (4) Eddie Thornby. | (19) Edgar Ford. | (33) Bill O'Creigh. |
| (5) U. C. Tavin. | (20) Andre O'Sun. | (34) Don Lassister. |
| (6) Alar Bennet. | (21) Fel Marty. | (35) John Est. |
| (7) A. G. Murphy. | (22) Dana Yonell. | (36) Edward Gomb. |
| (8) Lewis Haroc. | (23) Al Gailard. | man. |
| (9) J. L. Martin. | (24) Chester King | (37) Angelo de Por- |
| (10) Jack Brooklyn. | (25) Joseph Tell | turis. |
| (11) Thomas Settee. | (26) Med Ryman. | (38) Gary Belsan. |
| (12) John Nebot. | (27) Lou Dark. | (39) Paul Coster. |
| (13) Thomas Wan- | (28) Jon Hutton | (40) Herman T. |
| ton. | (29) Richard Je * | igon |
| (14) F. N. Graw. | son. | (41) Anthony |
| (5) Robert Deaf. | | n. |

I

CHANTAJE



ALIFICARLA simplemente de bonita sería quedarse corto. Era una de esas bellezas explosivas que nos obligan a volver la cabeza en la calle deseando no perderlas de vista, mientras de los labios se escapa un largo silbido de asombrada admiración. Si la cara podía servir de espejo a un alma angelical, el cuerpo no desmerecía a su lado. Y podía juzgar con pleno conocimiento de causa, porque la chica hacía en mi exclusivo beneficio una generosa exhibición de sus múltiples encantos.

En otra ocasión, lugar y circunstancias habría dedicado a su hermosura la atención y los elogios que en justicia merecía, Pero no entonces ni allí. Hace ya muchos años que dejé de creer en cuentos de hadas, y aquello parecía a simple vista una escena del príncipe encantador en la tierra de las maravillas. Abrir la puerta de mi habitación en el Seaside Hotel a las doce de la noche y encontrarme

una beldad arrellanada en sillón, un cigarrillo en la mano, las piernas cruzadas con absoluto desembarazo y acogiendo mi presencia con una sonrisa placentera, resultaba demasiado bonito para que no hubiese gato encerrado.

—¡Hola, querido! —exclamó al verme entrar, como si nos uniese una estrecha amistad, mientras me envolvía en la más acariciadora de las miradas.

—¿Quiere decirme, quién es, qué hace aquí y cómo entró en mi cuarto? —pregunté en tono duro, desdeñando su invitación a la cordialidad y sin dejarme ablandar por la melosidad de sus palabras.

—Pero ¿es posible que no me recuerdes, querido? —inquirió, con un gesto de sorpresa perfectamente fingido, poniéndose en pie y avanzando a mi encuentro con un contoneo que hubiese envidiada la mismísima Marilyn Monroe.

—¡Olvida eso de querido, muchacha! Y lárgate —añadí, abriendo la puerta de la habitación— antes de que me vea obligado a hacerte salir por la ventana.

—¿Te has olvidado ya de lo que pasó anteanoche? —preguntó, con una cara de pena que habría convencido a otro menos escéptico que yo.

—¿Qué pasó anteanoche? —inquirí, a mi vez, aunque estaba seguro de que la chica representaba una comedia, si bien he de reconocer que la representaba espléndidamente.

—Que nos casamos —fue su asombrosa respuesta—. ¡Y no hagas gestos, querido! Estabas un poco bebido, es cierto; pero tienes que recordar que me llevaste a Key West, que despertaste al juez de paz, y aunque eran las cuatro de la madrugada...

He visto muchos cínicos en mi vida, pero ninguno que pudiera compararse con aquella chica. Mentía con un aplomo inconcebible. Es difícil que nada me sorprenda, pero ella lo consiguió. Resultaba inconcebible que en tan pocos años —no debía pasar mucho de los veinte— hubiese aprendido a mentir tan bien. Sentí vehementes deseos de aplicarle un puntapié en la parte más opulenta de su anatomía y lanzarla por la escalera. Habría sido muy poco galante, pero se lo merecía.

Me contuve, pensando que valía la pena verla representar un ratito más, aunque al final tuviese que arrojarla violentamente de

mi cuarto. Uno no ve todos los días actuar a la Bette Davis, y menos en función con carácter de exclusiva.

—Y ¿qué ocurrió cuando despertaste?

—Que te habías ido. Lloré al verme sola a las pocas horas de nuestro matrimonio. Me lancé a buscarte, como es lógico. Dos días enteros he estado recorriendo la costa, hasta que supe que estabas aquí. Pero ahora que te he encontrado...

—Vas a decirme clarito qué te traes entre manos y quién te paga por esta comedia —la interrumpí, airado, perdida por entero mi escasa paciencia y cogiéndola violentamente de un brazo.

—¿Comedia, cariño? —repuso, con lágrimas en los ojos; no hizo intención de desasirse; por el contrario, se arrojó en mis brazos, pasándome los suyos en torno al cuello—. ¡Si te quiero más que a nadie en el mundo, y tú jurabas que lo serías todo para mí!...

Ya hubiera sido bastante que me abrazase con muestras de una efusión tan intensa como inexplicable. Pero el abrazo no la bastaba, y empezó a besarme en la boca, dejando claramente impresas en mis mejillas las huellas de sus labios. La cogí de la cintura para rechazarla sin contemplaciones, cuando un fogonazo iluminó la habitación como si nos encentrásemos en pleno día.

No tuve que mirar para saber de qué se trataba. Alguien acababa de tomar una fotografía en el preciso instante en que mi pretendida esposa me abrazaba y besaba con el mayor de los entusiasmos. Y la fotografía, como todas las tomadas en parecidas circunstancias, sólo podía tener una finalidad: chantaje. La idea de que nadie tratase de hacerme víctima de un chantaje me habría hecho reír, si la cólera no me hubiese obligado a reaccionar de una manera violenta.

La primera víctima fue la chica que medio minuto antes se esforzaba en convencerme de que sentía por mí el más apasionado de los cariños. El empujón que la di resultó suficiente para hacerla entrar en contacto con el suelo, a unos pasos de distancia. Sin perder tiempo en contemplar su cara —que ahora sí tenía lágrimas de verdad en los ojos— me volví rápido, mientras mi mano derecha iba hacia la axila, dispuesto a hacer un pequeño escarmiento con el audaz fotógrafo.

—Un caballero no trata así a una dama, Stern —comentó una voz burlona a mi espalda—. Y un hombre inteligente no pretende sacar un arma, cuando yo tengo una pistola, en la mano, y sería el

primero en disparar. Decía la verdad. Si en la mano izquierda tenía aún un pequeño aparato fotográfico provisto de una potente lámpara, en la derecha sostenía una «*browning*» de mediano calibre, cuyo cañón apuntaba a mi estómago. No tuve, como es natural, el menor interés en comprobar qué efectos producía el plomo al penetrar en mi organismo, y aparté la mano de la axila antes de llegar a rozar siquiera la culata de mí «Luger».

—Así está mejor, amigo. Sobre todo, si levanta los brazos por encima de la cabeza y me permite despajarle de su artillería pesada.

No es saludable llevar la contraria a quien nos ha tomado la delantera y está preparado para utilizar argumentos del calibre nueve. Sólo estando dispuesto a todo, puede uno tirarse al suelo, «sacando» al mismo tiempo. Aunque mi adversario parecía hábil y rápido, tengo el convencimiento de que me hubiese adelantado a sus disparos; cuando menos, que habría tirado con mejor puntería. Pero hubiera tenido que matarlo, y no tenía —aún— motivos para liquidarle.

—¿Qué se propone? —pregunté, mientras me quitaba la pistola, extraía con movimiento rápido el cargador y la tiraba a un rincón de la habitación—. ¿Hacerme víctima de un chantaje?

—Cortarle las uñas, para que no lo intente conmigo —repuso mi interlocutor, sonriendo—. Si desea tener éxito, tendrá que cambiar de aires. Los de Florida podrían sentarle muy mal.

Sonreí a mi vez. Era gracioso que nadie pudiera tomarme por un chantajista. Y más quien, como Ridden Gayson, debía tener tan amplios conocimientos en la materia. Interpretó erróneamente mi sonrisa. Supuso que no me daba cuenta de la importancia que podía tener la fotografía que acababa de tomar, y aclaró:

—Las leyes aquí son muy estrictas en materia moral. Si un caballero recibe en su habitación la visita de una señora, eso basta para que le echen del hotel. Si además la señora es casada, y Lili lo es...

—Lo siento por su marido —repuse, comprendiendo que Lili era el nombre de la chica que tan efusiva se mostró conmigo minutos antes, y que ahora nos oía en completo silencio.

—Sí la mujer está casada —continuó Gayson, sin hacer el menor caso de mi interrupción—, el culpable puede ser procesado y encerrado en una prisión.

Torné a sonreír; pero ahora no me reía de la amenaza pendiente sobre mi cabeza, sino del origen de aquella amenaza. Ridden decía verdad. Las leyes que salvaguardaban la moral pública en Florida eran rígidas y enérgicas. Los encargados de aplicarlas, en cambio, mostraban una flexibilidad encantadora. Más de una vez oí afirmar que aquellas disposiciones se dieron sin otro objeto ni finalidad que proporcionar a las gentes el placer de violarlas. En cualquier caso, nadie se acordaba de ellas para nada. Excepto, naturalmente, cuando podían ser tornadas como base para algún turbio juego como el que Gayson pretendía realizar conmigo.

—¿Qué quiere a cambio de esa foto? —pregunté, repentinamente serio, como si de pronto comprendiese el peligro en que me encontraba y estuviese dispuesto a pagar por eludirlo.

—Saber quién es usted y qué hace en Florida.

—¡Qué casualidad! —exclamé, divertido—. ¡Eso mismo es lo que yo quiero saber de usted!

—Lo creo —replicó Ridden, sin mostrar la menor sorpresa—. Soy más listo de lo que supone, y me he dado cuenta, de su labor de espionaje. Tres veces me ha seguido por las calles de Miami; otra más fue tras de ira a Palm Beach; anteayer, cuando salí a pescar en un yate, usted anduvo por los alrededores en una lancha rápida. ¿Se atrevería a negarlo?

—¿Serviría de algo encerrarme en una rotunda negativa? —inquirí, más divertido a cada momento por el sesgo que tomaba la challa.

—No, porque no habría de creerle, y podría resultar peligroso.

—Entonces no me molestaré en negar nada.

Fue ahora Ridden quien sonrió con aire de triunfo. Tomaba mis palabras por una rendición sin condiciones. En tono de insufrible superioridad, inició su interrogatorio:

—¿Policía?

—Todo lo contrario —mentí, con absoluto desparpajo.

—¿Ladrón? —inquirió, rápido, Gayson, aunque había un marcado escepticismo en su voz.

—Yo no lo calificaría así —repuse—. Por lo menos, no se lo llamaría a quien aspirase a convertirse en el mejor de mis discípulos.

—¡Basta de tonterías! —Gruñó, irritado, Ridden, que

evidentemente no había entendido el significado de mis palabras—. Di de una vez y sin rodeos quién eres y lo que te propones.

—Soy lo que tú fuiste —contesté, tuteándole como él había, empezado a hacer conmigo—, y aspiro a ser lo que eres, aunque para conseguirlo no pretendo utilizar métodos tan violentos. ¿Está más claro ahora?

—Está más oscuro —chilló Gayson, a punto de perder la paciencia y levantando la pistola—. ¿Qué andas buscando aquí?

—Dinero; pura y simplemente, dinero. Pero no gran cosa; no te asustes. Con unos cuantos billetes de los grandes, para poder empezar a trabajar por mi cuenta...

—¿Y crees que te lo voy a dar yo? —preguntó, arrugando el ceño, mientras su mano derecha se crispaba sobre la culata del arma que empuñaba.

—Sí. El negocio es bueno, y hay dinero para todos, Si piensas con un poco de sentido común, verás que es más barato un mal arreglo que una lucha victoriosa.

—¿A qué negocio te refieres, concretamente? —volvió a interrogarme, acentuándose su actitud amenazadora.

—A varios que tú conoces perfectamente. Lo de las chicas, por ejemplo.

—¿Lo de las chicas? —inquirió, con un acento de sorpresa que no consiguió engañarme.

—Sí. Florida ejerce una atracción poderosa sobre las muchachas con un poco de aire en la preciosa cabeza. Casi tan grande como Hollywood mismo. Todas sueñan con casarse con un millonario que las traiga a Florida durante largas temporadas. Cuando tropiezan con un «boy friend» que pasa por millonario aunque no lo sea —pero que tiene sobre la mayoría de los millonarios la gran, ventaja de su juventud y de su físico—, que les invita a venir a Miami o New West, aceptan encantadas, abandonando la fábrica, la tienda o la oficina, donde llevaban una existencia monótona, para lanzarse a la más deslumbrante de las aventuras.

—¿Y dónde está el negocio? —preguntó Ridden, mirándome fijamente.

—En lo que ocurre después. A los pocos días de llegar aquí, a veces el día mismo, su «boy friend» las lleva a una excursión de pesca y placer en el yate de un íntimo amigo. A bordo encuentran

gentes encantadoras y divertidas, con las que ríen, bailan y beben. Beber, tanto, que se duermen, y cuando despiertan...

—¿Qué?

—Se encuentran en un país extraño, rodeadas de gentes brutales que ningún parecido guardan con los amables caballeros del yate. Empieza entonces para ellas una existencia vergonzosa que proporciona saneados ingresos a quienes las llevaron basta allí.

—¡Bah! —exclamó Gayson, desdeñoso—. No es ésa mi línea. Equivocaste el camino si creíste que yo andaba mezclado en esas cosas.

—Quizá no —repuse—. Aparte de las chicas, hay otros asuntos: drogas, contrabando, juego, inmigrantes clandestinos... ¿Ninguno cae en tu línea, Ridden?

—No —afirmó, colérico—, y basta de hablar. No eres tú, sino yo, quien pregunta y ordena. Tienes doce horas para abandonar Florida. Si a mediodía de mañana continúas aquí, la Policía recibirá la fotografía con una denuncia de Lili. Las consecuencias...

—Serían desastrosas para ti —contesté, sin perder la calma. Me expulsarían del Estado o me llevarían a la cárcel. Pero ¿qué pasaría si yo hablase de tus honorables negocios?

—Nada, porque careces de pruebas en que apoyar tus palabras. Nada, excepto que, al recobrar la libertad —y ya procuraría yo que fuese pronto—, cometerías el irreparable error de pretender detener unos cuantos balazos con la cabeza o el pecho. ¿Entendido?

—Perfectamente —dije, simulando darme por vencido—. Veo que tienes todos los triunfos en la mano. Eres demasiado fuerte para mí. Tendrá que buscar por otro lado.

—Es lo más prudente, si te interesa vivir unos años más —contestó, satisfecho, haciendo ademán de dirigirse hacia la puerta, dando por terminada la entrevista.

Pero a mí no me complacía aquel final. Que Ridden pudiera mostrar aquella fotografía, sería suficiente para ponerme en ridículo, cuando menos a mis propios ojos. Que me echasen del hotel, que la Policía me invitase a abandonar Florida, eran cuestiones secundarias frente al hecho de que yo —Robert H. Stern — hubiese caído ingenuamente en una trampa tan burda.

Por fortuna, Gayson no me conocía, y cayó, a su vez, en la celada que le tendían mi gesto desolado y mi aire de vencimiento.

Quizá contribuyó, también, su vanidad de tener la fortaleza de Rocky Marciano y la inteligencia de Einstein. Sacarle de su error constituyó para mi uno de los grandes placeres de la vida.

Pasaba por mi lado, sin soltar la pistola ni la cámara fotográfica, cuando mis dos manos cayeron inesperadamente sobre su muñeca derecha. Retorcérsela con la violencia precisa para hacerle perder la «*browning*», voltearle con limpieza por encima de mi cabeza y lanzarle como un fardo contra la pared, fue algo tan rápido, que la encantadora Lili, testigo presencial de la escena, sólo tuvo tiempo para lanzar un grito de susto.

Ridden masculló unas cuantas amenazas, incorporándose velozmente y tratando de arrojar sobre mí. Pero un puntapié en el estómago y un puñetazo seco y preciso en la punta de la barbilla bastaron para hacerle cambiar por completo de rumbo. Quedó sentado en el suelo, con una mano en el vientre, la otra en la mandíbula y mirándome con gesto en que se mezclaban el dolor, la sorpresa y el miedo.

—Lo siento, amiguito —dije, luego de apoderarme del aparato fotográfico, recoger la «*browning*» e invitar a la chica con un leve movimiento de cabeza a que no intentase transponer precipitadamente la puerta de salida—. No quería hacerte daño, pero no me quedó otro remedio. Creo que ahora podremos hablar con mayor tranquilidad.

Me contestó con un gruñido rencoroso, mientras se ponía en pie. La mirada asesina que me dirigió no parecía indicar la menor disposición al diálogo. Pero jamás me importaron las miradas asesinas, especialmente cuando soy yo quien empuña un arma.

—Supongo —continué— que te sentirás más inclinado a aceptar mis proposiciones. Pero no quiero ser tan exigente como tú. Me diste doce horas para volatilizarme; yo te doy cuarenta y ocho para que pienses lo que te conviene. Pasado ese plazo...

—¿Qué ocurrirá? —preguntó, totalmente rehecho, al ver que no tenía intenciones de apretar inmediatamente el gatillo.

—Pueden suceder muchas cosas —repuse: Desde que la «bofia» o el

D. E. A.,

sientan una curiosidad peligrosa por tus movimientos, hasta que tengas la malhadada idea de colocarte delante de una pistola en el

instante de dispararla.

—¿La dispararás tú? —inquirió en tono de reto, pretendiendo dar a sus palabras un aire de irónica incredulidad.

—Quizá. Pero sea yo u otro, el resultado será el mismo: un entierro fastuoso, con abundancia de coronas y de amigos lloriqueantes. ¿Te agrada la perspectiva?

Su gesto dijo bien a las claras que no le hacía precisamente feliz. Tampoco la encantadora Lili parecía encontrarse muy a gusto. Estaba pálida, a pesar del maquillaje, y en sus ojos se leía una honda preocupación. ¿Sería la mujer de Ridden?

—No —se apresuró, a negar Gayson—. Bill, su marido, es un buen amigo. Está de vacaciones.

—¿En qué penitenciaría? —inquirí, rápido.

Ridden negó con energía, pero no tuve más que mirar a Lili para saber que había dado en la diana. No insistí, sin embargo, porque no era cosa que me preocupase. Pregunté a la chica dónde trabajaba; me dijo que actuaba de bailarina en el Edén Rock, de Coral Cables, y saqué la impresión de que no mentía. Quince millas al sur de Miami, a sólo siete de Coconat Beach —donde alzaba sus diversos edificios el Seaside Hotel en que nos encontrábamos—. Coral Gables era un centro de diversiones nocturnas, donde solían pasar unas horas divertidas muchos de los millonarios visitantes de Florida.

El Edén Rock merecía su nombre por dos razones: porque había sido construido sobre una roca que se adentraba en el mar, y porque, como en el paraíso bíblico, había allí manzanas tentadoras, serpientes capaces de ofrecérselas al primero cuya cartera abultase un poco, y Evas tan ligeras de ropa como su remota antepasada. Supuse, seguro de no equivocarme, que Lili sería una de aquellas Evas, y que a Ridden podría calificársele de serpiente, sin ofensa para nadie, excepto para las serpientes, y prometí visitar tan agradable lugar a la noche siguiente.

Comprendiendo que mis amables visitantes tenían prisa en marcharse, no quise entretenerles más. Antes de partir, sin embargo, hice presente a Gayson mis condiciones: quería veinte mil dólares.

—Había pensado pedir diez —añadí—; pero la ligera exhibición que acabo de hacerte, bien merece doblar el precio.

—Sueñas despierto, si esperas que yo te los dé —afirmó Gayson, que se encontraba ya en el pasillo, mientras Lili corría hacia la escalera sin molestarse en volver la cabeza.

—Me los darás —repliqué—. Y no sólo porque calle la que ya sé, sino algo más grave que sabré sin tardanza.

—¿A qué te refieres? —inquirió Ridden, que había echado a andar, dando media vuelta para mirarme.

—A un crimen que se cometerá aquí dentro de pocas horas. Intervendrás en él, desde luego, y no como víctima, sino como victimario.

—Y ¿quién será el muerto? —preguntó, clavando en mi cara unos ojos inquisitivos como si tratase de leer mis pensamientos—. ¿Tú?

—No —contesté, dejando caer con lentitud mis palabras y observando el efecto que le producían—. El muerto será un buen amigo tuyo: Lawrence Nagler.

Soltó una carcajada, y me miró como si dudase del equilibrio de mis facultades mentales. Luego, sin dejar de reírse, me volvió la espalda, mientras decía, entre burlón y amenazante:

—Procura que te vea un buen psiquiatra, muchacho. Aunque, de todas formas, no tienes arreglo.

Yo estaba seguro de no necesitar ningún psiquiatra, pese a que en una ocasión me encerraron en un manicomio. Pero también lo estaba de que la vida de Lawrence Nagler —Larry, simplemente, para sus amigos y para muchos que, sin serlo, conocían algo de sus avatares— se hallaba en tan inminente peligro, que podría apostarse doble contra sencillo a que no cumpliría les cincuenta años, y hacía meses que había celebrado su cuadragésimo noveno aniversario.

Era la grave amenaza pendiente sobre su cabeza lo que me había llevado a Florida. Los altos jefes del Federal Bureau of Investigation sentían una paternal solicitud por Larry. Y no encontraron nada mejor que mandarme a Coconut Beach para que velase por su comprometida existencia. Y nadie se engañe pensando que a la Policía federal le interesaba su seguridad por ser un gran estadista, un militar prestigioso o un sabio atómico. Lawrence Nagler era todo lo contrario de un prestigio nacional; desde varios puntos de vista resultaba un auténtico desprestigio.

Su historia tenía poco de ejemplar, y mucho de accidentada. Había tenido gran número de negocios, y ninguno que fuese enteramente limpio y decente. Antes de llegar a Florida, donde vivía como un potentado explotando oficialmente el Seaside Hotel, que le pertenecía, y clandestinamente otras actividades cien veces más remuneradoras, había sido de todo. Desde guardaespaldas de un modesto «boss» de Brooklyn, en los últimos tiempos de la prohibición, a jugador profesional, pasando por «manager» de boxeo, agente teatral, explotador de un club nocturno en el Bronx y traficante en drogas. Tuvo varios tropiezos con la Policía, y era extraño que hubiese escapado con bien en todas las ocasiones, sin encostrar un juez o un jurado que le hicieran pasar unos cuantos años a la «sombra».

En Miami pasaba por caballero adinerado y hombre de negocios respetable. La realidad era que, con distintos procedimientos, pero en escala mucho más amplia, continuaba dedicado a actividades que, si bordeaban los códigos —cuando no caían de lleno en su articulado punitivo, incrementaban con vertiginosa rapidez su ya considerable fortuna. En sí mismo, el Seaside Hotel constituía un buen negocio, como lo eran dos o tres empresas serias y honradas en las que tenía importante participación. Pero tanto las autoridades locales como el

F. B. I.,

sospechaban, con bastante fundamento, que ni el hotel ni los otros asuntos públicamente conocidos pasaban de ser simples tapaderas. Ya que no pruebas materiales —que hubiesen bastado para enviarle a presidio—, existía la convicción de que no era ajeno a la explotación del juego en sus distintas modalidades —permitidas, las unas; penadas con severidad, las otras—, del contrabando e incluso del tráfico de estupefacientes y de las mil veces más vergonzosa y denigrante trata de blancas.

Sin embargo, aquel hombre, indeseable en tardos sentidos, fue capaz de prestar a su país un valioso servicio. Enterado de que determinados contrabandistas se disponían a facilitar la entrada los Estados de un puñado de espías extranjeros, se presentó en la oficina federal de Miami, denunciando el punto en que pensaban desembarcar, las embarcaciones en que venían y los individuos complicados en la intentona. Su denuncia resultó exacta, y las

autoridades pudieron atrapar, en un golpe maestro, a un grupo de terroristas y saboteadores, así como a quienes facilitaban sus siniestras designios a cambio de un puñado de billetes.

—Por encima de todo soy americano —afirmó, con orgullo, Larry, cuando le preguntaren por los motivos de su determinación—. No iba a callarme sabiendo que esos tipos pretendían destruir la potencialidad de nuestro país para esclavizarnos luego con entera facilidad.

Alguien sospechaba, no obstante, que el impulso de Larry obedeció a móviles menos patrióticos y desinteresados. Uno de los detenidos habló de rivalidad y competencia, y no faltó quien señalase que los encargados de hacer penetrar en América a los agentes extranjeros formaban parte de una organización dedicada al mismo tráfico que Nagler y sus amigos. Al desembarazarse de ellos con una denuncia, Larry se aseguraba los ingentes beneficios derivados de su monopolio. Libre de competidores, podría imponer los precios que se le antojasen. Pero...

—No engordará mucho —se le escapó a uno de los detenidos—. Los traidores sólo merecen un premio, y Larry no tardará en recibir el suyo.

Aquello era algo más que una simple amenaza: implicaba un propósito claro, serio y definido. Quienes habían visto destrozados sus planes por la denuncia de Nagler, procurarían hacérselo pagar muy caro. Claro que nada podrían intentar los que estaban en la cárcel y en ella habían de pasar buena parte de sus vidas; pero tenían amigos y cómplices en libertad, y cualquiera de ellos...

—Nos interesa impedir que le maten —me dijo el inspector Barnett al proponerme el viaje—; pero mucho más terminar con los restos de la organización al servicio del espionaje extranjero. Si consiguieras atrapar a todos los que siguen sueltos, aunque Larry muriese... Bien —añadió, tras una leve vacilación—; para hablar con entera claridad: no creo que su muerte, fuese una pérdida dolorosa y sensible para la sociedad americana.

Tras conocer algo de sus actividades, yo podía jurar que más que una pérdida sería una ganancia. Pero estaba dispuesto a salvarle, aunque sólo fuera por gratitud al servicio prestado. En cualquier caso, más que su vida me preocupaban sus posibles matadores. Y el primero de todos, Ridden Gayson. Antes de salir para Florida me

hablaron de él como un posible sospechoso. Las dos semanas que llevaba en Coconut Beach y lo que había averiguado siguiéndole o interrogando con discreción a las gentes, fueron suficientes para comprender que mis jefes no estaban equivocados.

Gayson mantenía en apariencia las más cordiales relaciones con Larry. Era quien daba la cara en la explotación del Edén Rock, aunque Nagler se embolsaba la mayor parte de los beneficios. Ridden tenía un pequeño yate en Miami y una lancha rápida — capaz de ganar en pocas horas y con buen tiempo cualquier playa de las Antillas— en el puertecito deportivo de Coral Cables. Realizaba frecuentes excursiones de pesca, para las que partía acompañado de seis o siete señoritas, de las que casi nunca retornaban más que dos o tres.

—Se quedaron divirtiéndose alegremente en Key West —decía, per toda explicación, cuando alguien le preguntaba por cualquiera de ellas.

A veces era verdad, y alguna de las chicas había desembarcado en Key West, Daytona, Palm Beach a otro centro de diversión. Pero cabía pensar que muchas no lo fuesen, y que las muchachas que faltaban hubieran sido transbordadas en alta mar a otra embarcación distinta y ahora se encontrasen, bien en contra de su voluntad, en algún punto de Haití, de las Antillas o del continente, donde su vida no tuviese nada de agradable.

Pero cabía incluso que aquel infame comercio de que sus enemigos le acusaban y que Ridden no se molestaba demasiado en negar —acaso por tener la seguridad de que podría rechazar cualquier acusación en tal sentido con una plena demostración de inocencia—, no fuese más que una cortina de humo tras la que ocultaba actividades de distinta índole; menos repugnantes a primera vista, pero encerrando, en realidad, cien veces mayor peligro para la seguridad nacional. Por lo menos, yo sabía que Gayson mantenía disimulado contacto con determinados individuos, que sostenía largas y sospechosas conversaciones telefónicas con las grandes ciudades de la costa atlántica, y que su yate iba provisto de una emisora de radio de mucho mayor alcance y potencia de lo que normalmente necesitaba una embarcación de recreo.

¿Que todo aquello podría unirle más estrechamente con Nagler? Acaso sí, de no estar Gayson decidido a independizarse y trabajar

por cuenta propia, de no haber tenido ambos repetidos choques y, sobre todas las cosas, de no existir aquella famosa denuncia que mandó a presidio a un puñado de amigos de Ridden. En cierta ocasión en que hablaba con uno de sus guardaespaldas y creía que nadie le escuchaba, oí decir a Larry:

—Con ese cerdo no hay arreglo posible. O me doy prisa en hacerle saltar, o será él quien me haga saltar a mí.

El individuo calificado de cerdo no era otro que Ridden; lo de saltar era un delicado eufemismo para referirse a una muerte violenta. Aquellas palabras me descubrieron los pensamientos de Nagler acerca de su pretendido amigo; los de Gayson no resultaban muy difíciles de adivinar. Los vi juntos varias veces, y tengo la seguridad de que, mientras se sonreían, ni uno ni otro dejaban de acariciar disimuladamente las culatas de sus respectivas pistolas.

Sólo con Ridden y la probable venganza de los perjudicados por su denuncia a la Pericia federal, había suficiente para que Larry no durmiese tranquilo. Pero andaba por allí otra serie de individuos capaces de quitar el sueño a quien se encontrase en los zapatos de Larry. Uno de ellos era el propia gerente del Seaside Hotel, un individuo de mediana edad y estatura, de untuosos modales y sonrisa estereotipada en el rostro, llamado Keith Baker, cuya esposa —una mujer de gran belleza y veinte años más joven que su marido, según quienes la conocían— había abandonado Coconut Beach, marchándose a Key West, donde recibía frecuentes visitas de Larry.

—Keith no se atreve ni a abrir la boca, seguro de que Nagler se la cerraría de un tortazo —me indicó un camarero, que creía conocer a fondo a los dos.

Pero yo no estaba tan seguro cuando me enteré de que, pese a su aire inofensivo, Keith había sido veinte años atrás uno de los más temibles «gánsteres» de Filadelfia. Si Larry lo sabía —y no creía que pudiese ignorarlo—, debía tomar sus precauciones, porque nada puede ser más peligroso que un hombre enamorado y celoso, especialmente cuando la idea de perpetrar un crimen no tropieza con graves obstáculos en su conciencia.

Tanto o más temible podía resultar otro huésped del hotel, un caballero de elevada estatura, pelo blanco y gesto de dolorido ensimismamiento, que no parecía divertirse mucho ni gozar de ninguno de los placeres que aquel rincón de Florida brindaba a sus

visitantes.

Me llamó la aleación precisamente por su diferencia con todos los tipos que nos rodeaban. Procuré hacer amistad con él, traté de sonsacarle con habilidad y no tardé en conocer el motivo de su profunda amargura y de su estancia allí. Era el modesto cajero de unos almacenes de Baltimore, cuya hija había sido arrastrada a Florida por un pretendiente joven y adinerado. El padre, Nicholas Maxfield, había perdido su rastro, y al cabo de un año de no recibir noticias de la joven había reunido todos sus ahorres, para lanzarse en su búsqueda.

—Tuve que investigar mucho en Palm Beach y Miami con el concurso de una agencia de detectives. Me cobraron caro —añadió—: pero no me quejo, porque conseguí lo que deseaba.

—¿Sabe ya dónde se encuentra su hija?

—Sé ya quién lo sabe. Es un canalla, un miserable, que no merece nada mejor que la horca. Soy viejo, y jamás empleé la violencia; con éste la emplearía gustoso, pero...

—¿Qué?

—Ha prometido devolverme a mi Joan, y es el único que puede hacerlo. Espero con toda la angustia que puede imaginarse. Si me engañase, si llegara a perder la esperanza de volver a ver a mi pobre hija... —hizo una pausa; luego, crispando los puños con rabia, afirmó, resuelto—: Lo mataría; le juro que lo mataría. Aunque fuese lo última que hiciera en la vida...

Para mí no ofrecía duda alguna la personalidad del miserable que conocía el paradero de la desgraciada Joan Maxfield. El hecho de que su padre se hospedase en el Seaside y el todavía más elocuente de que una vez le viese discutiendo con Larry, resultaban sobradamente indicativos. Nicholas no había sido un «gánster» como Keith; tampoco era un indeseable de la categoría de Ridden. Sin embargo, y desde el punto de vista de Nagler, podía resultar cien veces más peligroso que los dos juntos.

Había algún individuo más, del que yo, en el puesto de Larry, no me fiaría demasiado. Caryl Preston, concretamente. Preston era un abogado neoyorquino, que logró fama y dinero en el ejercicio de su carrera, aunque nunca se distinguió por su entusiasmo en la defensa de las causas justas, sino por todo lo contrario. Había hecho millones tratando de presentar como seres angelicales a pistoleros y

tahúres de todas las especies y consiguiendo que muchos de ellos escapasen al castigo que merecían sus culpas. Adquirió extraordinaria nombradla cuando tuvo que comparecer ante el comité Kefauver. Se defendió en aquella ocasión con habilidad y astucia, demostrando un conocimiento profundo de todos los resortes y triquiñuelas legales. Pero yo, que seguí por la televisión los debates —y supongo que igual les sucedería a los millones de fanáticos de la TV—, saqué la impresión de que Caryl era cien veces más indeseable que todos los indeseables a los que había defendido a lo largo de su dilatada vida profesional.

Preston y Larry se conocían de antiguo y demostraban estar en las mejores relaciones, comiendo juntos con frecuencia, charlando animadamente siempre que se encontraban y dándose fuertes abrazos y amistosas palmadas al reunirse o al separarse. Pero yo hice algunas preguntas a Washington; supe que varios de los detenidos gracias a la denuncia de Nagler habían sido clientes suyos, y di en pensar —quizá con un exceso de susceptibilidad— que su estancia en el Seaside podía tener una finalidad muy distinta de la oficial de una temporada de reposo y la aparente de cortejar a mi stress Werth, una viuda opulenta, cuya escasez de encantos físicos tenía la agradable compensación de unos cuantos millones, heredados de su difunto esposo.

Acaso me engañase en este punto concreto, pero cuando Larry, que indudablemente sabía a qué atenerse, no parecía recelar en lo más mínimo de Preston. A decir verdad, no demostraba estar inquieto o preocupado por nada. No era un secreto para él —la Policía le había advertido con entera claridad, y, en cualquier caso, había vivido lo suficiente para, no hacerse ilusiones engañosas— que existían gentes interesadas en borrarle del mundo de los vivos. Sin embargo, confiaba con exceso en sus propias fuerzas y no juzgaba a sus enemigos capaces de intentar nada con posibilidades de éxito. Otro habría abandonado Florida, procurando pasar inadvertido en cualquier lugar escondido y distante, o permanecería en el hotel encerrado en una habitación con paredes a prueba de balas y centinelas de vista. Nagler, en cambio, iba de un lado para otro, de día y de noche, con absoluta tranquilidad. Más que pasar inadvertido, demostraba tener verdadero interés en que todo el mundo supiese quién era y dónde estaba.

Cierto que jamás se olvidaba de llevar una pistola consigo y que en muchos instantes, incluso cuando parecía más descuidado, miraba escrutador en todas las direcciones, mientras su mano derecha acariciaba bajo la americana la culata del arma. Cierto, también, que había dos hombres, por lo menos, encargados de protegerle. Pero cierto, asimismo, que no era difícil verle en muchos momentos sin ninguno de sus vigilantes, y no por negligencia o descuido de éstos, sino por imposición del propio Larry, que a veces se divertía dándoles esquinazo o les despedía de mala manera, cuando le interesaba ver o hablar a alguien sin testigos presenciales de ninguna clase.

—¡Déjame en paz imbécil! —Le oí una noche chillar a uno de sus guardaespaldas—. Soy lo suficiente hombre para ir donde se me antoje y no necesito niñeras. ¡Largo de aquí!

De sus guardianes, uno, Toby Marton de nombre, no me inspiraba la menor confianza, ni creo que pudiera inspirársela a ninguna persona decente. Era un tipo corpulento y malcarado, de nariz aplastada, mandíbula saliente y frente tan estrecha, que apenas mediría una pulgada entre las pobladas cejas y el arranque del pelo. Bastaba mirarle a la cara para saber lo que podía dar de sí. Con sólo verle una vez, a nadie le sorprendería la noticia de que había pasado diez años en una penitenciaría.

—Es un perro fiel —había dicho Larry a la Policía de Miami, hablando de su guardaespaldas—. Se dejaría matar por mí.

Podía ser verdad o no serlo. Yo, que jamás simpaticé con ningún maleante ni creo que exista la menor lealtad entre ellos —todos traicionan a su jefe en cuanto otro les paga mejor—, lo ponía en tela de juicio. Que estuviese en las mejores relaciones con Ridden no contribuía precisamente a disipar mis dudas. Nagler podría confiar en Toby mientras Gayson no pusiera unos cuantos billetes en sus manos; cuando ese día llegase...

El otro guardaespaldas difería radicalmente de Toby. Era un hombre de treinta años, no mal parecido, de frente despejada y aire inteligente. Me sorprendió bastante saber que era un detective particular, perteneciente a una agencia de Nueva York. Dudé en un principio que fuese verdad, pero hube de rendirme a la evidencia, tras una rápida consulta telefónica. Gerald Vanedden era el que me habían dicho, carecía de antecedentes penales —de haberlos tenido

no hubiese podido obtener la licencia como «príivate eye»— y se había comportado con verdadero heroísmo durante los primeros tiempos de la lucha en Corea.

—Parece que fue Preston quién se lo recomendó con insistencia a Nagler para que velase por él.

Era una explicación satisfactoria y alarmante a un tiempo. Podía ser una garantía para Larry, si al abogado, que indudablemente tenía algún negocio con él, le interesaba que siguiera vivo; pero una grave amenaza, si en el ánimo de Caryl pesaban más los clientes a quienes la denuncia de Nagler envió a la cárcel, que el dinero que pudiera sacar a su buen amigo.

Sin embargo, e incluso contando con la sincera amistad de Preston —y yo fiaría más en los sentimientos de una víbora que en los de un tipo de su catadura—. Vanedden podía representar un peligro más para Larry. No era sólo el tono despectivo e insultante con que Nagler trataba a sus guardaespaldas —y que si soportaba un pistolero como Toby tenía que herir por fuerza a una persona decente—, sino algo de tipo más íntimo y personal: Noemi Chafer.

Noemi era una muchacha de rostro encantador, mirada dulce y acariciadora, los ojos muy azules, el pelo dorado y una figura armoniosa y esbelta. Desempeñaba el cargo de secretaria de Larry, y aunque más de una vez la vi tecleando en su máquina, me explicaba perfectamente los guiños maliciosos y los comentarios intencionados de muchos de los clientes del Seaside Hotel. Ninguno parecía tomar muy en serio que fuese únicamente secretaria de Nagler, y quienes lo admitían por el momento na creían que durase mucho en aquella situación.

—Dicen que la madre de la chica hizo un gran favor a Larry, y que él ahora procura pagarlo, amparando y protegiendo a su hija.

Hubiera sido una actitud lógica y natural en cualquier otra persona, pero no su Nagler. En un tipo como él, enriquecido con los tráficos más infamantes, no cabía esperar nobleza de ninguna clase. Y menos cuando la muchacha era de una belleza arrebatadora, y Larry —bien conservado, a pesar de sus años y de su vida— tenía marcada debilidad por las chicas bonitas, y se creía un conquistador irresistible.

«Cualquier día puede propasarse con ella —me dije—, y ese día, si Vanedden reacciona como un hombre...».

Gerald parecía enamorado de la joven, cosa que nada tenía de sorprendente ni extraño. Por los cargos que ocupaban cerca de Larry, ambos habitaban el espléndido «cottage» que Nagler se había construido a un centenar de yardas del edificio del hotel, al otro lado de la carretera y de cara a la magnífica playa. Si bien las habitaciones de cada uno tenían entradas independientes, era lógico que se vieran con frecuencia y que se sintieran mutuamente atraídos.

No sabía si serían novios, pero no era difícil predecir que terminarían siéndolo. Por lo menos daban juntos largos paseos, y alguna noche les vi bañarse en la playa inmediata. No eran los únicos en hacerlo a tales horas —que el clima tropical del sur de Florida y la temperatura del agua invitaban a la natación nocturna—; pero sí permanecían un poco al margen de los demás, como si sólo les interesase su mutua compañía. Si Vanedden quería a la muchacha y Nagler intentaba tratarla como a tantas otras...

—Por uno o por otro lado —dije, tras pasar revista a los múltiples peligros que le acechaban—, presiento que la vida de Larry no va a ser muy larga.

Pero le que no presentí en aquel instante fue que la mía pudiera ser más corta, y estuvo a punto de serlo. La tarde siguiente a la sorprendente visita de Ridden y Lili, estuvo a punto de llegar a su inesperado final. Regresaba yo de Miami, luego de sostener una conferencia con Washington y de revelar la fotografía sacada por Gayner, y tras dejar el coche en el garaje, di una vuelta en torno al edificio del hotel para dirigirme al comedor. Había anochecido ya, y pude ver perfectamente las luces de un coche que, tras iluminarme un instante, se ponía en marcha.

No sé de una manera exacta cómo ni por qué adiviné el peligro que corría. El hecho cierto es que, cuando el automóvil, lanzado repentinamente a gran velocidad, llegaba a mi altura, me tiré de bruces al suelo. En el mismo instante escuché el ruido de varios disparos y el silbido inconfundible de unas balas que pasaban por encima de mi cabeza.

Saqué con precipitación la pistola, dispuesto a repeler la agresión, pero resultó demasiado tarde. El coche se alejaba precipitadamente, y estaba ya a la distancia suficiente para que fuese malgastar la pólvora en salvas molestar en apretar el gatillo,

Observé, sí, que no llevaba encendido el faro piloto que debía alumbrar la placa de la matrícula.

No quise perder el tiempo haciendo preguntas sobre el coche, seguro de que nadie se habría fijado en él. Preferí pasar al comedor y pensar un poco mientras cenaba. Al llegar a los postres, un camarero vino a decirme que me llamaban por teléfono desde Miami. Cuando cogí el auricular, una voz de mujer llegó a mis oídos, hablando en tono amenazador:

—Lo de antes fue una advertencia amistosa, Stern. Procura no desoírla, porque la próxima vez tiraremos a dar...

Cortó la comunicación antes de que pudiera responder una sola palabra. Pero yo creí reconocer la voz: tenía una semejanza extraordinaria con la de la encantadora Lili, Resolví en el acto hacerla una visita.

—Bien —murmuré, colgando el auricular—. Me parece que esta noche vamos a divertirnos todos...



EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

II

CRIMEN A MEDIANOCHE



I entrada al el Edén Rock pasó totalmente inadvertida; al menos, así lo pensé yo en un primer instante, con un exceso de optimismo quizá. La amplia sala de fiestas aparecía en una discreta penumbra, concentrados los focos sobre la pista de baile donde Lili, a fuerza de saltos y contorsiones, interpretaba la danza de «Salomé», con la única diferencia de que había prescindido de los siete velos. Una sola mirada me bastó para comprender la profunda atención con que todos los presentes seguían sus movimientos. A falta de grandes condiciones artísticas, tenía otras naturales dignas de todas las admiraciones, que exhibía con magnánima liberalidad.

Un instante se encendieron las luces al concluir, mientras estallaba una estruendosa ovación. Tan insistentes fueron los aplausos, que Lili hubo de repetir su número. No esperé a que lo terminase. Había visto allí cuánto me interesaba y deseaba que mi «tete, a tete» con la sedicente bailarina no tuviera testigos inoportunos ni molestos. Muchos de los que allí se encontraban podían ser ambas cosas e incluso algo peor, y opté por buscar lugar más apropiado.

Abandonando la sala, pregunté a la chica del guardarropa por el camerino de Lili. Afirmó que no podía decírmelo, pero pudo en cuanto le pase en la mano un billete de diez dólares. Las artistas tenían sus cuartos en la parte posterior del edificio. El pasillo dónde se abrían los camerinos tenía acceso desde el jardín a través de una puertecilla.

En la puertecilla montaba su guardia una mujer gorda, corpulenta, de gesto agrio y cara de «bulldog». Discutimos un rato antes de llegar a ningún acuerdo. La Dirección tenía prohibido el paso a los camerinos, y ella era la encargada de dar cumplimiento a la prohibición. No podía dejarme pasar ni aun siendo un viejo amigo de *miss* Lili. Para convencerla no me bastó un billete de diez dólares; necesité dos, pero conseguí que señalase el cuarto que me interesaba, dejándome pasar.

—No le diga nada a *miss* Lili —dije, entrando resueltamente en el camerino—. Quiere darle una sorpresa agradabilísima.

—No diría una sola palabra, aunque me hiciesen pedazos —contestó—. Estoy aquí muy a gusto, para desear que me despidan. Usted cierre la boca también, y olvídese de que me ha visto siquiera.

Di mi conformidad en el acto. Ni su cara ni su tipo eran dignos de recordarse; no sería ningún sacrificio no volver a contemplarlos en todos los días de mi vida. Dentro del camerino y cerrada la puerta del pasillo, ocupé el rato de espera en algo más interesante: revisar el contenido del bolsillo que Lili había dejado sobre la coqueta. Un permiso de conducir, en el que aparecía su retrato, me descubrió su verdadero nombre: Frasees Deal. El apellido disipó mis últimas dudas. Willis Deal, su marido, indudablemente, era uno de los encarcelados por la denuncia de Larry.

¿Lo sabría Nagler? Probablemente, no. De saberlo, no habría

consentido que Ridden la tuviese contratada ni iría a aplaudirla como aquella noche. Porque hacía un rato que le había visto aplaudiéndola con el mayor entusiasmo, sentado a una de las mesas en compañía de Caryl Presten y Toby Marton. Por cierto, que en otra mesa pude ver a Ridden Gayson, en unión de dos tipos con más aire de pistoleros que de personas decentes, y en una tercera, no muy distante de ambas, al pobre Nicholas Maxfield. La presencia del viejo, angustiado por la suerte de su hija, resultaba, cuando menos, sorprendente. Me hubiese gustado preguntarle a qué había ido; pero me corría mucha más prisa interrogar a la encantadora Lili.

Y había llegado el momento de hacerlo, porque ya oía pasos en el pasillo y su voz hablando en tono malhumorado con alguien que le acompañaba. Me pegué a la pared, deseando no ser visto al abrirse la puerta. Al entrar Lili, que me volvía la espalda y venía tan ligera de ropa como la había visto durante su actuación en la pista, dijo, ligeramente irritada, a alguien, que se quedó en el pasillo y al que no llegué a ver la cara:

—«Okay». Estaré lista en media hora. Pero me parece peligroso, demasiada peligroso...

No oí la respuesta de su interlocutor, acaso porque sé limitó a contestar con algún gesto. De evidente mal humor, Lili cerró la puerta de un golpe y se fue a la coqueta, para empezar a quitarse el maquillaje. No descubrió mi presencia hasta que me acerqué por la espalda y me vio reflejado en el espejo. Entonces se volvió, rápida, y trató de incorporarse, lanzando un grito de susto.

—¡Más bajito, preciosidad! —dije, obligándola a permanecer sentada—. Levantar la voz podía ser también demasiado peligroso.

Se puso pálida, mientras sus ojos reflejaban un agudo temor. Era evidente que no le hacía gracia mi presencia. Debió pensar incluso que me proponía asesinarla.

—¿Qué hace aquí? —pudo preguntar al fin, aunque siguiendo mi consejo de no alzar la voz lo hizo en tono susurrante—. ¿A qué ha venido?

—A devolverte la visita de anoche y de paso a darte las gracias por tu aviso de hace, hora y media.

—¿Qué aviso? —inquirió, fingiendo una inocencia angelical.

—¡Déjate de comedias! —repliqué, irritado—. Conmigo no te

sirven. Es preferible la verdad. ¿Quién te dio el encargoito?

—No sé a qué encargo se refiere —se obstinó, aunque el temblor de su voz decía bien a las claras que estaba perfectamente enterada.

—¿Tampoco sabes quiénes me gastaron la divertida bromita de disparar contra mí a la entrada del Seaside? ¿No sería tu buen amigo Ridden Gaynor?

Tras una breve y perceptible vacilación, Lili respondió negativamente. Ignoraba que nadie hubiese disparado contra mí; desde luego, no podía haber sido Ridden, porque aseguraba que no se había separado de su lado desde las cinco de la tarde.

—Entonces tendré que creer que fuiste tú quien disparó desde el interior del coche.

Negó con energía, y ahora tuve la impresión de que decía la verdad. No obstante, estaba perfectamente enterada de quién manejó la pistola contra mí. En tono paternal y amenazador a un tiempo le aconsejé:

—No seas tonta, y habla. El silencio sólo podría servirte para seguir la suerte de Willis Deal.

—Y ¿quién es Willis Deal? —Trató de desorientarme, mintiendo.

—Tu marido —repuse—. Y no pierdas el tiempo negando. Estoy mejor informado de lo que supones, Frances. Tan bien, que con sólo unas palabritas podría ponerte una temporada a la «sombra», aunque acaso prefiera emplear métodos más contundentes y eficaces.

Apreté un poco las manos que tenía puestas sobre sus hombros, y debí hacerla daño. Acaso aquel gesto, que parecía preludiar otros más violentos, le hizo mayor efecto que mis palabras, convenciéndola de lo comprometido que resultaba mentir.

—¿Quién vino hasta aquí contigo? Ridden, ¿no?

Inclinó la cabeza en gesto de muda afirmación. En realidad, aquella pregunta no resultaba difícil de contestar. La siguiente, en cambio...

—¿Qué era lo peligroso que pensabais hacer esta misma noche? ¿Liquidarme a mí?

Negó con tal acento de sinceridad, que la creí. Pero si no era yo la víctima presunta, ¿no lo sería Larry?

—¡Qué absurdo! —repuso, pero su réplica no me pareció tan sincera como su negativa anterior—. ¿Qué interés podría tener

Ridden en matarle o cual podría tener yo?

—Los dos el mismo, posiblemente —contesté—. Gayson andaba mezclado en el asunto de los agentes extranjeros, quizá era el jefe de la organización; tu marido, uno de los que daban la cara. Para los dos, y de rechazo para ti, la denuncia de Nagler fue una puñalada por la espada. No irás a decirme que sentías por él una profunda gratitud, ¿verdad?

—No; pero...

—¡No hay pero que valga! Necesito la verdad. ¿Qué preparáis para esta noche?

—¿Eres policía? —preguntó, mientras una sombra de recelosa angustia cruzaba por sus ojos.

Me eché a reír. De sobra debía saber que no. A ninguna persona inteligente se le ocurre, planear un chantaje contra un policía; suele salir mal la intentona. Y ella y su amigo Ridden lo habían intentado conmigo veintidós horas antes.

—¿Qué buscas, entonces? —inquirió, en tono más tranquilo.

—Dinero; sencillamente, dinero. Quiero veinte mil, como le dije a Gayson. Le di cuarenta y ocho horas, y han transcurrido veinticuatro; si deja pasar otras tantas, puede tener un grave disgusto.

—O tenerlo tú —contestó, con una repentina entereza y un aire de reto que me sorprendieron bastante—. A Ridden no es fácil asustarle ni sacarle un centavo. Pudiera ser...

—Que la próxima vez tirasen a dar, ¿eh? —completé, viendo que se detenía sin concluir la frase—. Ya me lo dijiste por teléfono, dulzura. Pero no te hagas ilusiones. Yo no me molesto en avisar, y siempre que disparo hay algún muerto. Aunque no sé si el de esta noche será Gayson... o tú.

—¿Yo? —exclamó, y vi que mis palabras le hacían tal efecto que tornaba a perder aplomo y a temblar de pies a cabeza.

—Sí, tú. A menos que hables de una vez sin perder más tiempo en rodeos inútiles y...

Me han dado bastantes golpes en la vida —aunque siempre haya salido ganando al hacer el balance final— y la mitad, como mínimo, por culpa de alguna mujer. Desconfío de ellas siempre, pero a veces olvido que suelen ser comediantas incomparables, y me dejó engañar como un perfecto imbécil. Y esto fue lo que sucedió con la

arrebataadora Lili. El aparente miedo que desmentía de cuando en cuando con una frase amenazadora, sus evasivas y circunloquios, su afán de ganar tiempo, debieran servirme de aviso y lección para estar prevenido y alerta. Pero no hice nada práctico hasta que fue demasiado tarde.

Un gesto de alegría de la muchacha y el ruido de una pisada a mi espalda me hicieron dejar sin terminar la frase, intentando volverme con celeridad, mientras mi mano derecha buscaba la culata de la pistola. Por desgracia, todo se quedó en el intento. Antes de que pudiese tocar el arma, dar media vuelta o ver a mi adversario, ya estaba fuera de combate. Algo muy duro —la culata de un revólver o una barra de hierro— cayó con terrible violencia sobre mi occipital, se me doblaron instantáneamente las piernas y rodé por el suelo, viendo brillar en el aire innumerables estrellitas antes de que mi cerebro dejase de pensar y sentir.

Cuando de nuevo abrí los ojos, volví a ver las mismas estrellas que al cerrarlos, con la única diferencia de que ahora permanecían inmóviles en lo más alto de un cielo sin nubes. Me encontré tumbado en un lugar, que no tardé en identificar como uno de los rincones más alejados y oscuros de los jardines del Edén Rock, con un buen dolor de cabera y un magnífico chichón en la parte posterior de la cabeza, pero sin haber sufrido, en apariencia, daños de mayor consideración.

Examiné alarmado, luego de incorporarme, el contenido de mis bolsillos. No me faltaba nada, excepción hecha de la pistola. Por lo visto, a Ridden Gayson —porque tenía que ser él quien me hubiese golpeado por la espalda— no le interesaba otra cosa que dejarme desarmado. A menos, claro ésta, que se hubiese llevado el arma con un propósito determinado: cometer con ella, por ejemplo, algún crimen que cargar sobre mis espaldas.

«Voy a demostrarle que los puños me bastan para que se trague todos los dientes».

Sentía vehementes deseos de devolverle el golpe recibido. Supuse que estaría aún en el Edén Rock, y, tras arreglarme un poco el pelo y sacudirme la tierra pegada al traje, para no llamar demasiado la atención, me dirigí hacia la sala de fiestas.

Nadie me cerró el paso, y pude llegar sin la más mínima dificultad. Había mucha gente, más que durante mi visita anterior,

y toda parecía del mejor humor, divirtiéndose alegremente. Estaban encendidas las luces, tocaba una orquesta cubana y la pista aparecía llena de parejas. Pero aunque miré en todas las direcciones, no pude ver a ninguno de los que me interesaban.

—¿Dónde podría encontrar a míster Gaynor? —pregunté a uno de los camareros.

—Lo ignoro, señor. Se marchó hace media hora.

—¿Está seguro? —pregunté, incrédulo, porque tenía la impresión de no haber permanecido sin sentido arriba de cinco o seis minutos.

—Completamente.

Miré el reloj. Eran las once y media; cuando entren el camerino de Lili no debían ser mucho más de las diez. ¡Había estado inconsciente durante una hora larga!

—¿Se fue con él *miss* Lili?

—No lo sé. Salieron casi juntos; es todo lo que puedo decirle.

No eran los únicos que se habían ido. El viejo Maxfield tampoco seguía allí: ni Larry Nagler, ni su amigo Preston. Sólo Toby Marton aparecía a la vista, aunque echado sobre la mesa, con la cabeza entre los brazos, durmiendo apaciblemente.

Sorprendido me acerqué a despertarle. No tuvo el menor éxito. Aunque le zarandee un poco, no conseguí que abriera los ojos.

—No se moleste, señor —me indicó el camarero con quién había hablado antes—. Ha bebido bastante, y tiene un sueño muy profundo.

—Pero míster Nagler... —empecé a decir.

—Fue precisamente quien me dijo que le dejase dormir —me interrumpió, sonriente, el camarero—. Parecía muy divertido con la borrachera de su acompañante, y con la sorpresa que se llevaría al abrir los ojos y no verle.

He visto a muchos borrachos; también algunos individuos que, voluntaria o involuntariamente, han tomado algunas tabletas de somníferos. Toby se parecía más a los segundos que a los primeros. Una repentina sospecha cruzó por mi cerebro. Mirando con fijeza al camarero, le pregunté si *miss* Lili había hablado con Larry.

—Creo que sí —vaciló al responder, como si no recordase con exactitud—. Me parece que la vi un momento sentada a la mesa. Al lado de ese caballero, por cierto. ¡Qué entonces —agregó, con una

sonrisa maliciosa— no estaba dormido precisamente!

Todo aquello me dio bastante que pensar. Un poco desconcertado me hice mentalmente una serie de preguntas. ¿Tendrían relación los planes de Ridden con la somnolencia de Toby? ¿Habría sido Lili quien echase algún narcótico en la bebida del guardaespaldas de Larry? ¿Por qué se había marchado éste, prescindiendo de su pistolero a aquellas horas de la noche?

No podía responder con seguridad de acierto ni en el Edén Rock, luego de marcharse todos los que me interesaban y con Marton dormido, podía averiguar, nada. Lo mejor era irse. Volver tranquilamente al hotel, descansar unas horas, coger la pistola que la noche anterior arrebaté a Ridden y esperar a la mañana. Era posible que entonces fuese tarde ya para impedir alguna tragedia; pero no creía que pudiese hacer nada hasta entonces. Sobre todo con un dolor de cabeza como el que disfrutaba.

Encontré mi coche en el mismo lugar que lo había aparcado. Tampoco el automóvil había interesado, al parecer, a Gayson y a su amiguita Lili. Lo celebré sinceramente porque lo contrario hubiese retrasado mi regreso al hotel. Le puse en marcha, pisé el acelerador y un minuto después dejaba Coral Gables a mi espalda, corriendo hacia Coconut Beach a lo largo de la costa.

Llegué al Seaside alrededor de las doce. De lejos pude ver que había luz en el «cotagge» de Larry y a un coche grande parado cerca de la entrada. Por lo visto, Nagler estaba charlando con alguien; probablemente, Caryl Preston, en cuya compañía le había visto en el Edén Rock.

Dejé mi automóvil en el garaje, y sintiendo que el dolor de cabeza iba en aumento decidí subir cuanto antes a mi habitación. Una buena ducha y una aspirina bastarían para aliviarme y conciliar el sueño. Pero cuando daba la vuelta al edificio para ganar la puerta principal volví a ver encendidas las luces del «cottage» de Larry, el coche oscuro parado a unas yardas de la entrada, y sentí curiosidad por saber quién había dentro. Acaso pudiera, con un poco de suerte enterarme incluso de lo que hablaban, lo que muy bien pudiese facilitar mis trabajos de investigación.

No había nadie a la vista; sólo de tarde en tarde pasaba algún coche por la carretera, y no ofrecía la menor dificultad acercarse al «cottage» sin ser descubierto. Di un pequeño rodeo, no obstante, a

fin de no aproximarme por donde pudieran verme desde las ventanas donde había luz. Al hacerlo miré hacia la playa y pude distinguir a lo lejos, y a la luz de la luna, las figuras de dos personas que entraban corriendo en el agua. La distancia me impidió reconocerlas, pero no creía equivocarme al suponer que, según habían hecho otras veces a las mismas horas, se tratase de Noemi Chafer y Gerald Vanedden bañándose.

Sin preocuparme por ello, seguro de que tardarían un rato en regresar, y de que cuando lo hicieran no entrarían en el «cottage» por la parte del edificio que me interesaba, me dirigí sin hacer ruido a la más próxima de las ventanas iluminadas. Mire por ella y no vi nada de interés. Daba a la biblioteca de Nagler y no había nadie en la habitación. Fui hacia la ventana inmediata y tuve que mordirme los labios para no lanzar una exclamación de sorpresa.

A mis ojos apareció lo que debía ser despacho de Larry. Estaba amueblada con verdadero lujo, aunque en aquel instante no reparase demasiado en ningún detalle del moblaje. Lo que me interesaba era una figura que aparecía tendida en el suelo, casi en el centro mismo de la habitación. Se trataba de Nagler. Estaba boca arriba, completamente inmóvil, con el rostro contraído en un gesto de horrible sufrimiento.

Lo más prudente habría sido alejarse de allí, marchándome a mi habitación; pero jamás he oído las voces de La prudencia, y entonces tampoco las escuché.

Existía, además, una razón poderosa que me movía a procurar enterarme de lo sucedido. Lo que estaba viendo podía ser un crimen, y cabía la posibilidad —altamente peligrosa y comprometedora para mí— de que se hubiese cometido con mi propia pistola. Si el asesino la había dejado junto al cadáver y si la Policía la hallaba allí, me vería en un verdadero apuro.

—Nada perderé por echar una ojeada...

Fui hasta la puerta, que estaba a cuatro pasos de distancia y aparecía entornada; miré en todas las direcciones sin ver a nadie; escuché con atención un minuto, pero no oí nada sospechoso, y con ánimo resuelto abrí la puerta y entré. Mis ojos se clavaron instantáneamente en el cuerpo de Larry, que, según todas las apariencias estaba muerto. Incluso creí ver unas manchas de sangre en la alfombra.

Traté de acercarme a comprobarlo y no pude dar más que un paso. Al dar el segundo recibí un golpe en la cabeza. Se me cerraron los ojos, pero instintivamente alargué las manos tratando de asir a mi agresor. Sólo conseguí que un nuevo porrazo, ahora en la sien derecha, me tirase medio inconsciente sobre la alfombra.

No llegué a ver a mi enemigo; tendido en el suelo, mientras agitaba la cabeza tratando de despejar las tinieblas que envolvían mi cerebro, me pareció escuchar pasos que se alejaban a la carrera; luego, con mayor claridad ya porque iba recobrando el control de mis sentidos, el ruido de un coche que se ponía en marcha y salía lanzado a toda velocidad.

Trabajosamente, logré incorporarme. Me llevé la mano a la sien, advirtiéndome que tenía una pequeña brecha de la que brotaran algunas gotas de sangre. Saqué el pañuelo para limpiarme, mientras miraba con atención en torno mío. Poco a poco fui dándome cuenta exacta de la situación. Larry estaba muerto. Debía tener un balazo en la nuca, a juzgar por la mancha sanguinolenta que descubrí en la alfombra en torno a su cabeza.

Un cuadro aparecía en el suelo, contra la pared. Normalmente debía estar colgado, tapando una caja de caudales que en aquel momento quedaba a la vista, abierta de par en par. No era difícil suponer que Nagler la acababa de abrir cuando fue sorprendido por el asesino, o que éste le obligó a abrirla antes de pegarle un tiro. En uno o en otro caso debió llevarse lo que le interesaba.

O, quizá, no. Cabía en lo posible que mi presencia le hubiese puesto en fuga antes de finalizar su tarea, dejándose en la caja fuerte lo que más le convenía recoger. Si examinaba los papeles que quedaban en ella, acaso encontrase una pista segura para dar con el criminal. Pero aquello llevaría tiempo, mucho tiempo. Y yo necesitaba darme prisa, si no quería verme acusado del crimen.

A primera vista podría parecer pueril e infundado tal temor. No es cosa corriente que los agentes de la Policía Federal se vean acusados de graves delitos; el prestigio del Cuerpo a que pertenecen, la rigurosa selección a que son sometidos antes de ingresar y la disciplina con que cumplen las órdenes recibidas, manteniéndose en todo momento dentro de la letra y el espíritu de los códigos, son otros tantos obstáculos difíciles de salvar por la audacia de cualquier calumniador. Sin embargo, siempre existe

algún pero, y en este caso concreto el pero lo constituía yo, Robert H. Stern, con mi temperamento impulsivo, mi excesiva propensión a cortar por lo sano y mi situación personal en Florida.

Quienes conocen algo de mi historia[1] saben de mi irreconciliable aversión contra los maleantes de todas las clases y condiciones, así como que en muchas ocasiones me puso en graves aprietos la rapidez con que manejo la pistola, eliminando sin contemplaciones a quienes pretender, eliminarme a mí. He tenido suerte hasta ahora, porque siempre pude probar que actuaba en defensa de la Ley de la única manera viable dadas las circunstancias; a pesar de ello se ha creado en torno a mi nombre una aureola poco grata, y gentes que sentían irreprimible simpatía por los señores asesinos, llegaron a calcificarme de «pistolero con carnet». Incluso mi jefe inmediato, el inspector Barnett, me amenazó más de una vez con la expulsión del

F. B. I.,

si no dominaba la vehemencia agresiva de mi carácter.

—Tómalo como un descanso, como unas vacaciones dignas de un millonario —dijo al transmitirme el encargo de investigar en Coconut Beach todo lo referente a Larry Nagler y a cuantos le rodeaban—. Pero mucho cuidado, Bob. ¡No quiero más líos! Si te metes en algún jaleo, si vuelves a darle gusto al dedo, si me entero de que has disparado contra cualquiera, aunque sea el peor de los asesinos, tendrás un disgusto serio. ¡Y es mi última advertencia! —A nadie le amarga un dulce, y a mí no me molestó la perspectiva de pasar unas vacaciones maravillosas en Florida, aunque para ello tuviese que cruzar volando el continente de puma a punta, desde San Francisco a Miami. Pero las vacaciones podían terminar mal si me cogían sólo frente al cadáver de Larry, sin poder explicar mi presencia en el «cottage» y con todas las apariencias de haberle liquidado yo. Sobre todo, cuando estaba allí un poco de incógnito sin que nadie supiera que era agente federal y sin grandes deseos de que nadie le supiera, porque la publicidad haría más dificultosa la misión que tenía encomendada.

Me interesaba alejarme de allí antes de que llegaran a sorprenderme. Miré con rapidez en el despacho por si hallaba algo que me permitiera identificar al criminal, teniendo buen cuidado de no tocar nada para no dejar huellas dactilares. Fue perder el

tiempo. Lo único que me satisfizo fue no encontrar, como me temía, mi propia pistola tirada junto al cadáver. Si el crimen se había perpetrado con ella, el asesino se la había llevado, bien para hacerla desaparecer o temeroso de que al decir yo dónde me la arrebataron proporcionase una pista que condujera a su segura detención.

Un momento volví a sentir la tentación de examinar el contenido de la caja fuerte; incluso pensé en llevarme los papeles que contenía. Rechacé ambas ideas por demasiado peligrosas. Entretenirme allí a leer documentos era exponerme a una inmediata detención; llevármelos con el riesgo de que fuesen hallados posteriormente en mi habitación, proporcionaría a la acusación pruebas casi definitivas de que el crimen lo había cometido yo.

No quise perder más tiempo y abandoné el «cottage». Cuando me alejaba pude ver dos cosas: que el coche oscuro parados minutos antes cerca del edificio había desaparecido y que Noemi y Gerald — porque eran ellos indudablemente— habían dado por terminado su baño y se acercaban charlando animadamente.

Tuve la seguridad de que igual que les vi yo a ellos debieron verme ellos a mí. Por fortuna, estaban demasiado lejos para que pudieran identificarme. Por si acaso, y a fin de despistarlo por completo no marché directamente hacia la entrada del Seaside, sino que di un pequeño rodeo, como si fuese un paseante nocturno que se dirigía a pie hacia Coral Gables.

Cuando tras dar la vuelta al edificio me encaminaba a la puerta del hotel, pude ver una figura que entraba precediéndome en medio centenar de pasos. No podría jurarlo, naturalmente, porque no le había visto hasta aquel instante, pero tuve la impresión de que procedía también del «cottage» de Larry. El corazón me dio un vuelco al reconocerle a la luz del vestíbulo, y de mis labios se escapó una exclamación de asombro:

—¡Keith Baker!

Hasta entonces, y de manera instintiva, no había pensado más que en Ridden Gayson como asesino. En aquel instante tuve que admitir la posibilidad de que hubiera sido otro, Keith Baker, gerente del Seaside, en tiempos pasados un pistolero temible, tenía motivos suficientes para odiar a Larry, y como demostraba su vuelta al hotel a tales horas, oportunidad de haber cometido el crimen.

Indudablemente, sería preciso tenerle muy en cuenta.

Dejé transcurrir unos minutos para no tropezarme con él en el «*hall*» ni en la escalera. Luego, cuando supuse que ya habría llegado a su habitación, me dispuse a ganar la mía. Tenía la leve esperanza de que nadie me viese entrar, porque el portero estuviese adormilado a aquellas horas. Sufrí una decepción al verle despierto y atento a cuántos pasaban por delante. Lo hice con paso rápido, sin contestar a su saludo más que con un leve gruñido y confiando en que no se fijase en mí y no fuera capaz de reconocermé. En el peor de los casos, esperanzado en que no miraría la hora ni pudiera señalar que habían transcurrido veinte minutos largos desde que dejé mi coche en, el garaje hasta que penetré en el Seaside.

Al mirarme en el espejo vi que la brecha de la sien había dejado de sangrar y apenas pasaba de ser un araño. De cualquier forma aparecía rodeada por una extensa moradura que tardaría varios días en desaparecer. Por fuerza, llamaría la atención de cualquiera que me mirase. Los dos chichones, en cambio, pasarían totalmente inadvertidos: pero por el momento me molestaban más, produciéndome un intenso dolor de cabeza.

Mientras me daba una buena ducha, que contribuyó a despejar mis ideas, estuve pensando en los posibles culpables de la muerte de Larry. Pronto llegué a la conclusión de que, con excepción de uno —Toby Marión—, al que había dejado dormido en el Edén Rock, el crimen pudo ser cometido por cualquiera de los que en días anteriores incluí en mi lista mental de sospechosos. El primer lugar lo ocupaba, naturalmente, Ridden Gayson, con la probable complicidad de Lili. Pero no cabía descartar a los restantes.

Caryl Preston volvió a Coconut Beach en compañía de Nagler; probablemente estuvo con él en el «cottage» y tuvo tiempo, ocasión y oportunidad de borrarle del mundo de los vivos. Keith Baker, que tampoco tenía motivos de gratitud o cariño hacia la víctima, había estado fuera del hotel, rondando el lugar del asesinato en el momento de cometerse éste, y muy bien pudo ser el autor. Tampoco podía olvidar al viejo Maxfield; era una persona decente, pero tenía razones sobradas para cobrarse en Larry la felonía cometida con su hija y debió regresar al Seaside alrededor de la hora en que murió el culpable de su gran tragedia familiar.

Ni siquiera era posible librar de toda sospecha a Gerald

Vanedden y Noemí Chafer, aunque me repugnase la idea de considerarles culpables. Ciertó que habían estado bañándose en la playa; pero en el instante en que yo les vi, Larry estaba muerto, y bien pudiera ser que lo estuviera ya cuando ambos abandonaren el «cottage».

—Demasiados sospechosos —gruñí, disgustado—. Sin olvidar que para la Policía habrá uno más; yo mismo.

Abandoné el cuarto de baño, tomé una aspirina y me metí en la cama. Tardé bastante en conciliar el sueño, sin lograr un solo instante olvidarme de lo sucedido. Al final decidí que el día siguiente sería de intenso trabajo y que me convenía descansar. Antes de dormirme, una última reflexión apareció en mis labios, expresada en voz alta:

—Entre todos vamos a hacer qué el «réquiem» por Larry sea violento y tormentoso...

¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

**JOVENES. MUJERES Y HOMBRES leerán
P R O E Z A S**

III

EN EL ULTIMO SEGUNDO



El interrogatorio se prolongó durante una hora larga. El teniente Fred Hauser de la Policía local de Miami, tenía la corpulencia de un elefante y el cerebro de una hormiga. Come todos los tontos se creía un genio, especialmente cuando comprendía que la libertad o el destino de otras personas dependían de sus determinaciones. Me fue antipático desde el primer instante, y tengo el pleno convencimiento de que yo se lo resulté a él con parecida intensidad.

Nuestro extenso diálogo no tuvo mucho de versallesco. En varias ocasiones tuve que llamarle lo que se merecía, cosa que no contribuyó a disminuir la tensión entre nosotros. Con la terca

obstinación de un mulo viejo estaba empeñado en considerarme culpable del crimen, y todo cuanto sabía se le antojaban pruebas rotundas y definitivas, sin hacer el menor caso de mis razones y argumentos.

—Lo mejor sería que confesase de plano —dijo al empezar—. Tengo pruebas abrumadoras en contra suya, y toda negativa no haría más que empeorar su situación.

Antes de llegar a mí, Hauser había hablado con diversas personas. Gerald Vanedden y Noemi Chafer le contaren cómo descubrieron el cadáver al volver de bañarse pasada la medianoche. Una hora antes, el detective particular dejó a míster Nagler en su despacho totalmente solo, porque Caryl Preston se había marchado a su habitación al regresar del Edén Rock, sin penetrar siquiera en el «cottage».

—Al acercarnos vimos a un individuo que se alejaba en dirección al hotel. No le reconocimos, y es lástima, porque probablemente era el asesino que huía, luego de cometido su crimen.

Keith Baker, por su parte, que casualmente se asomó a la ventana de su cuarto hacia las doce y cuarto, afirmaba haberme visto entrar en el Seaside a aquella hora, viniendo directamente del «cottage» de Larry. Su declaración la confirmaba el portero del hotel, quien añadía que le llamó la atención una herida que mostraba en la parte derecha de la cara. El encargado del garaje, por su parte, sostenía que dejé el coche a las once y cuarenta y cinco, que me vio bien y que entonces no tenía la herida de que hablaba el portero.

—En la media hora transcurrida desde que dejó el automóvil hasta que entró en el hotel —afirmaba en, tono de absoluta seguridad el teniente Hauser—, tuvo tiempo sobrado para asesinar a míster Nagler. Su víctima se defendió, indudablemente, porque hemos descubierto señales de lucha violenta, y le produjo esa brecha en la sien derecha.

Cuando supo que tenía en mi poder una pistola —no la mía, sino la que había quitado a Ridden, aunque esto último no me molesté en explicárselo— sonrió satisfecho y se la guardó presuroso, totalmente convencido de haber hallado el arma homicida.

—Esa pistola no ha sido disparada en muchos días —le advertí

—. Puede tener la plena seguridad que no sirvió para asesinar a Nagler. Y aparte de todo lo que hayan podido decir, ¿qué interés podría tener yo en matarle?

—Una sola palabra es suficiente —replicó, convencido—, y la palabra es chantaje.

Alguien que no mencionó —aunque tuvo que ser Gayson— le habló de mi como de un chantajista profesional que había intentado sacar dinero a diversas personas. Para Hauser aquello era indiscutible.

—Y si no —preguntó desafiante—, ¿quiere decirme qué hace aquí y de qué vive?

Juzgué que sería perder el tiempo entrar en largas explicaciones con él. No había de creer nada de lo que dijese, y contarle la verdad sólo serviría para que a la media hora todo el mundo supiera en Miami y sus alrededores quién era yo y qué misión me había llevado a Florida.

—Prefería decírselo al District Attorney —repliqué.

—Pues no tardará en satisfacer su deseo, porque pienso llevármelo ahora mismo detenido. Mister Carhart le interrogará sin pérdida de momento. Pero no sueñe despierto, amiguito. El District Attorney es más inteligente de lo que supone y no conseguirá engañarle por mucho que mienta.

Satisfecho y feliz, completamente seguro de haber atrapado al culpable, hinchado de vanidad por resolver en tan pocas horas un complicado caso de asesinato, Hauser me hizo ocupar un puesto a su lado en el coche policíaco y salimos con rumbo a Miami.

Por fortuna para mí, el District Attorney, a cuyo despacho me llevó directamente, no tenía el menor parecido físico ni mental con el teniente. Lance Carhart era un hombre de cincuenta años, de pequeña estatura, cabeza grande en manifiesta desproporción con el cuerpo, mirada penetrante y frente despejada prolongada por una acentuada calvicie. Me invitó a sentarme con un gesto y leyó las distintas declaraciones que Hauser le traía, confrontándolas de cuando en cuando con notas y papeles que tenía sobre la mesa.

—¿Está dispuesto a decirme cuánto sepa, aparte de quién es y de qué vive, como prometió al teniente, o prefiere encerrarse en una negativa sistemática a responder a todas las preguntas que se le hagan, lo que no puede por menos de agravar su delicada situación?

—me preguntó, al cabo de cerca de media hora da espera.

—No tengo el menor inconveniente en contestar a cuánto me pregunte —repuse—, e incluso a decirle algunas cosas del mayor interés sobre las que seguramente no me preguntará. Pero ha de ser con una condición.

—¿Una condición? —inquirió, sorprendido y arrugando el ceño—. No tengo por costumbre aceptar condiciones ni imposiciones de nadie en el cumplimiento de mi deber. Dígame, no obstante, en qué consisten las tuyas.

—En hablar a solas con usted.

—Tanto el teniente como mi secretaria pueden oír cuánto aquí, se diga —respondió en tono despectivo el District Attorney.

—Quizá sí y quizá no. Podrá decidirlo usted mismo cuando hayamos hablado a solas durante cinco minutos. Si entonces cree que debe entrar alguien, no me opondrá a que le llame. Pero si se niega a mi petición, no diré una sola palabra. Elija.

Tras una profunda meditación que le tuvo ensimismado por espacio de un cuarto de hora, Lance Carhart decidió complacerme. Nada se perdería, dijo, por oírme unos minutos a solas; perdería muchos más si yo me obstinaba en no declarar o exigía, como tenía derecho a hacerlo, que un abogado designado por mi presenciara la declaración, asesorándome sobre lo que debía o no debía contestar.

—Bueno, Stern —me indicó cuando hubieren salido del despacho Hauser y la secretaria—, hable ahora que estamos solos como deseaba. Pero no olvide que le concedo exclusivamente los cinco minutos que me ha pedido. Si una vez transcurridos no ha logrado convencerme de la necesidad del secreto...

Con dos tuve más que suficiente. Que yo fuese un agente de la Policía federal interesado en investigar reservadamente un caso que afectaba a la seguridad nacional era motivo sobrado para procurar que mis manifestaciones no pudiesen llegar a oídos indiscretos. Pasaren no cinco, sino, veinte minutos, y el District Attorney seguía escuchándome con extraordinario interés, sin ocultar su asombro y haciendo de cuando en cuando alguna pregunta para precisar un detalle o aclarar algún punto oscuro.

Le conté toda la verdad desde mi pretendido chantaje contra Gayson hasta la forma en que descubrí el cadáver de Nagler y la agresión que hube de sufrir, posiblemente por parte del asesino. No

oculté ni mis sospechas contra determinados individuos ni la paliza recibida en el camerino de Lili, a continuación de la cual me fue arrebatada mi pistola.

—Con la que es probable que fuera asesinado Larry. En cuyo caso —concluí— no creo que pueda existir duda respecto a la identidad del criminal.

—Que sería Gayson de probarse que le quitó su pistola luego de golpearle por la espalda en el Edén Rock; o usted, caso de que tal agresión no hubiese existido. ¿No es así?

—Exactamente —repuse, sin saber con certeza dónde quería ir a parar.

—Por desgracia —afirmó con una leve sonrisa Carhart—, no nos será tan fácil dar con el asesino. Porque el crimen no se cometió con su «Luger», ni tampoco con el arma que le ocupó el teniente Hauser, sino con otra de mucho menor calibre.

Al practicar la autopsia en el cadáver de Nagler se había extraído la bala que ocasionó su muerte. Era un proyectil del 6,35. La Policía no había conseguido encontrar el arma, pero no cabía duda de que se trataba de una pistola de reducidas dimensiones, casi de juguete...

—Un arma puramente femenina...

—¡Femenina! —exclamé, asaltado por una repentina sospecha—. ¿Será posible que fuese Lili la que le mató?

—Y ¿por qué no Noemi Chafer? —replicó el District Attorney.

—¿Noemi? —salté sorprendido—. ¡Es absurdo! ¿Qué motivos podría tener para asesinar a un hombre que se portaba bien con ella?

—¿No le parecerían suficientes los cien mil dólares que la dejaba en su testamento?

Callé sin saber qué responder. Ignoraba la existencia de tal testamento, del que la Policía había tenido conocimiento por unos abogados, en cuyas oficinas de Miami estaba debidamente registrado. Pero dejándome llevar por un respeto caballeresco hacia la mujer —aunque la experiencia me hubiese enseñado a desconfiar—, me negaba a creer que una muchacha de cara tan angelical pudiera ser capaz de semejante monstruosidad.

—Es posible que esté en lo cierto —dijo Carhart cuando me oyó respirar en tal sentido—. En realidad, no tenemos nada en que

basar una acusación contra ella, y mi pregunta no pasaba de ser una hipótesis. Además, por el momento, no tenemos por qué ocuparnos de ella o de la llamada Lili. Lo primero de todo es aclarar su situación, Stern.

—¿Mi situación? ¡Creí que había logrado convencerle de que nada tuve que ver en el crimen!...

—A medias nada más —respondió—. Las pruebas contra usted, que Hauser consideraba definitivas, no son tan abrumadoras como el teniente pensaba; algunas, como la del arma homicida, se han desvanecido en el acto; pero otras quedan en pie. ¿Qué tenemos frente a ellas?

—Mi condición de agente federal y las investigaciones que realizo de manera reservada y confidencial. ¿Le parece poco? —inquirí, ligeramente irritado.

—Me parece suficiente..., de ser verdad. Pero hasta ahora sólo tengo su palabra. ¿Cómo podría corroborarla?

Había dos medios fáciles de conseguirlo: una visita a la oficina del

F. B. I.,

en Miami y una llamada telefónica a Washington. Me incliné por el segundo procedimiento. No cabía descartar que Ridden o sus amigos, si eran lo que yo suponía, tuviesen vigilado al departamento local de la Policía Federal. Si ponía los pies allí, si lo hacía en unión del District Attorney y quedaba libre a continuación, sería tanto como decir a voces quién era yo. Preferible hablar con el Cuartel General. Siempre, claro está, que nadie oyese lo que hablábamos.

—Descuide —me tranquilizó Carhart—. Este aparato no tiene desviaciones ni conexiones de ningún género. Y no tardaré tres minutos en conseguir la conferencia.

Un minuto después hablaba con Washington. Me bastó ver su cara para comprender que desde la capital confirmaban plenamente mis manifestaciones. AL final me tendió el auricular.

—Hay alguien que desea hablarle.

No me sorprendió oír la voz irritada del inspector Barnett; sabía que estaba en Washington, llamado por Hoover para recibir determinadas instrucciones, que se pasaba el día entero trabajando en la sede central del

F. B. I.,

y nada de extraño tenía que quisiera hablar conmigo. Tampoco me sorprendieron en lo más mínimo ni las frases que me dedicó ni el tono en que lo hizo:

—Otro lío gordo, ¿eh, Bob? ¡No tienes solución, muchacho! Pese a todas mis advertencias, te ves acusado de liquidar precisamente al tipo que ibas a proteger...

—Nada tuve que ver en la faena, inspector —repliqué airado—. Seguí sus consejos y me comporté con ejemplar moderación. ¿Y sabe lo que he conseguido? Que me peguen más palos que en todos los días de mi vida, se rían de mí y encima quieran cargarme un muerto. Pero ¡se acabó! —añadí, decidido—. De ahora en adelante...

—¿Qué piensas hacer? —preguntó con evidente alarma.

—Emplear mis propios métodos. Hasta aquí siempre me dieron buen resultado. En adelante...

—Pueden llevarte a la silla eléctrica o a la cámara de gas —me interrumpió, severo, Barnett.

—Quizá. En cualquier caso siempre viviré más que quienes de no manejar con decisión la pistola me enviarían al otro barrio.

—¡Cuidada, Bob! Tendrás que dar cuentas estrechas de todo lo que hagas, y si te extralimitas en lo más mínimo...

—Prefiero tener que darle toda clase de explicaciones, a que se las exija a mi matador. Espere unos días, inspector. Supongo que los funerales de Larry serán sangrientos, y no estoy dispuesto a ser el primero en caer.

Durante diez minutos interminables, Barnett me largó una terrible filípica, amenazándome con toda clase de rigores si volvía a las andadas. Le dejé desahogarse, pero no tomé demasiado en serio sus palabras. Estaba decidido a actuar como mejor me pareciese, y tenía la plena certidumbre de que al final, como de costumbre, acabaría dándome la razón, aunque gruñese un poco para guardar las formas.

Cuando el inspector hubo concluido conmigo, habló de nuevo con el District Attorney. Con Carhart empleó un tono distinto. Como me dijo sonriente después el District Attorney, incluso hizo grandes elogios de mí, si bien insistiendo en que convenía atarme corto para que no me desmandase.

—¿Qué piensa hacer usted? —pregunté cuando me lo dijo.

—Dejarle en libertad, naturalmente. Pero procurar que haya siempre alguien que le vigile. De esta forma impediré que cometa alguno de los desafueros que teme míster Barnett, aparte de protegerle contra quienes puedan sentir la tentación de volver a tomarle como blanco de sus pistolas.

Aquella decisión, perjudicial en varios sentidos para mí, tenía una gran ventaja como contrapartida: que sabiéndome sospechoso a los ojos del District Attorney, poco menos que seguro culpable en opinión de la Policía, que no me perdía de vista, nadie sospecharía mi verdadera personalidad de agente federal. Ni siquiera el propio teniente Hauser, a quien de perfecto acuerdo conmigo dio míster Carhart una habilidosa explicación.

—No podemos procesarle —le dijo— porque no tenemos pruebas concretas de su culpabilidad. No obstante, pienso como usted que no pudo ser otro el que cometiera el crimen. Por desgracia, hay dos puntos oscuros que parecen abonar su inocencia, y mientras no los aclaremos habrá de dejarle libre; vigilándole de cerca, pero libre.

Los dos puntos eran, concretamente, que la pistola que encontró el teniente en mis bolsillos no había sido el arma homicida, y que, según el dictamen de la autopsia, la muerte de Larry debió producirse alrededor de las once y media de la noche, y yo no había dejado mi coche en el garaje hasta un cuarto de hora después. Hauser protestó un poco, arguyendo con entera lógica que no era posible, por muy sabio que fuese un doctor, fijar con una exactitud de minutos el momento de la muerte de una persona, y que el hecho de que tuviese una pistola encima en el momento de enfrentarme con la Policía no excluía que pudiese haber manejado otra para perpetrar el asesinato.

—Comparto su criterio, teniente, y le felicito por el acierto con que ha llevado las investigaciones. No interprete como una censura el hecho de que haya puesto en libertad a Stern, sino como todo lo contrario. Tanto fió en su inteligencia, que tengo la seguridad de que vigilando discretamente al acusado conseguirá antes de cuarenta y ocho horas las pruebas que aún necesitamos; tal vez incluso una confesión plena.

Los elogios a su inteligencia inflaron la vanidad de Hauser.

Aprobó sin la menor reserva mental la decisión del District Attorney y se dispuso a montar en torno a mí un espionaje habilidoso que le permitiera cogerme con las manos en la masa en cuanto tratase de perpetrar un nuevo delito o hacer desaparecer las pruebas comprometedoras en el asesinato de Larry.

Cuando abandoné el despacho del District Attorney pude advertir ya que alguien me seguía a distancia, aunque no con el disimulo suficiente para que no me diese cuenta. No me di por enterado, no obstante, y llevé a la práctica el plan que me había trazado, sin importarme poco ni mucho que uno de los hombres de Hauser marchara sobre mis pasos.

—Lo siento, señor. Mister Gayson no está en casa; salió esta mañana en coche y no sabemos cuándo regresará.

Con ligeras variantes, lo que me dijeron en el domicilio de Ridden en Miami me lo repitieron en la sede de las distintas empresas en las que tenía participación. Me contrarió bastante, porque tenía verdadero interés en verle cuanto antes la cara. No esperaba que la entrevista tuviese nada de cordial ni afectuosa; desconfiaba incluso que confesara haber sido quien me golpeó, no ya en el «cottage» de Larry, sino en el camerino de Lili. Pero...

—Por lo menos le devolveré multiplicados por veinte los golpes recibidos, y le demostraré que en lucha franca y leal no tengo ni siquiera para empezar con él.

Había algo más que me hacía desear verle. Luego de saber quién era, Carhart me había mostrado las declaraciones prestadas por distintas personas en relación con el crimen. En ellas encontré unas palabras de Noemi Chafer que me llamaron poderosamente la atención. Se referían al mismo coche que yo había visto parado cerca del «cottage» y que en un principio creí que fuese el automóvil de Larry.

—Lo vi llegar, estando en la playa, alrededor de las once y media. Aunque no me acerqué y cuando regresamos ya se había ido, me pareció que era el coche de mister Gayson. No podría jurarlo, naturalmente, pero mi impresión...

Hauser no había tomado demasiado en serio sus palabras. Se limitó a preguntar a Ridden, que, naturalmente, negó en redondo. Sostenía que a las once y media se encontraba en Miami, y presentó a tres amigos que ratificaron sus palabras. El teniente se dio por

satisfecho, suponiendo que Noemi había visto visiones o que el coche que creyó ver detenerse era cualquiera que pasaba por la carretera inmediata y que apagó momentáneamente sus luces. Que Keith Baker, que afirmaba haberme visto regresar por estar asomado a la ventana, dijese que no había visto tal automóvil, le ratificó en su opinión.

Pero yo sabía positivamente que el coche había estado allí, que no era ninguna fantasía de la muchacha. A un hombre como Hauser, obsesionado desde el primer instante por mi culpabilidad, podía haberle engañado sin la menor dificultad Ridden; a mí, no. Yo no me conformaría con una simple negativa, ni daría el menor crédito a las palabras de Gayson, y conocía procedimientos capaces de hacer hablar a los mudos y confesar la verdad a los más interesados en desfigurarla.

La desgracia quiso, sin embargo, que no lograrse dar en Miami con Ridden ni con su distinguida amiga Lili. Telefoneé al Edén Rock y me dijeron que no estaban allí tampoco. Marché entonces al puerto. El yate de Gayson seguía amarrado al muelle, y su propietario no se hallaba a bordo, según me dijo alguien que le conocía bien.

—Pero acaso no tarde en estarlo —añadió mi informante, uno de los vigilantes del 6th Pier, cuya lengua desataron unas botellas de cerveza y un billete deslizado con disimulo en su mano—. Hablé con el timonel hace horas y están dispuestos a zarpar en cuanto se lo digan. Incluso tienen ya un invitado para la proyectada excursión.

—Alguna chica preciosa, ¿no? —inquirí, sin darle excesiva importancia—. ¡Ese Gayson tiene una suerte!... Claro que con su dinero es cosa fácil. Si yo tuviera sus millones y no sólo los trescientos que cobro al mes en el «Florida Dispatch»...

Mi interlocutor hizo un gesto de asentimiento, al tiempo que me daba una amistosa palmada en la espalda y pedía una nueva botella de cerveza. Luego, más locuaz a cada instante, siguió hablando de Gayson. Sí; generalmente, cuando el yate se hacía a la mar llevaba a bordo seis o siete muchachas bonitas, con las que Ridden y sus amigos debían pasarlo en grande.

—¿Cómo son las de esta vez? Porque supongo que usted las habrá visto subir. Un hombre listo no suele perderse esos

espectáculos.

El vigilante portuario sonrió complacido, en tanto injería su cuarta botella de cerveza. No le disgustaba echar una mirada a las invitadas de míster Gayson, que por regla general merecían la pena; incluso solía pasear por el muelle cerca del lugar en que estaba atracado el yate para verlas cuando salían a cubierta. Pero aquella vez...

—Juraría que no hay ninguna a bordo. Me he pasado toda la tarde mirando y no he visto nada que mereciese la pena. Tan sólo a un tipo gordo, calvo y con gafas que asomó un instante. Seguro que estará forrado de millones; pero a mí me agrada mucho más mirar a una chica que...

Dejé al vigilante con la palabra en la boca, temeroso de que se bebiera las existencias del bar a costa de mi bolsillo. Me había dicho lo que quería saber: que Ridden no estaba a bordo, aunque el yate no tardaría en hacerse a la mar para una de sus acostumbradas excursiones. Me había dicho también, aunque yo no lo supiera en aquel instante, algo de cien veces mayor importancia. Pero ni entonces me di cuenta de ello ni se la habría dado nunca de no ser por algunos sucesos con los que no podía contar por anticipado.

Resolví regresar a Coconut Beach, vista la imposibilidad de encontrar a Gayson. Allí me interesaba hablar con varias personas. Con Noemi, acerca del automóvil que vio; con Baker, para saber la verdad —si podía arrancársela— de su misterioso paseo nocturno, y con el viejo Maxfield, en el que nadie parecía haber pensado siquiera, sobre su asombrosa visita al Edén Rock.

Ahora me vio descender del taxi que me llevó hasta allí Keith Baker, que indudablemente temía enfrentarse conmigo, abandonó la puerta del Seaside, metiéndose en su despacho y ordenando a uno de los camareros que no dejase entrar a nadie, especialmente a mí. Pero yo estaba decidido a verle, y le vi. Un camarero representaba muy poco obstáculo cuando resolvía tirar por la calle de en medio.

—No puede pasar —dijo, cruzándose en mi camino y colocándose delante de la puerta del despacho—. Míster Baker no quiere que le molesten, y yo...

—Si sabes lo que te conviene, muchacho —le interrumpí con aire torvo—, harías bien en abrir la puerta sin prenunciar una sola palabra más y entrar precediéndome. En caso contrario...

Cambió de color y no se atrevió siquiera a preguntarme qué sucedería en caso contrario. La mano derecha hundida en el bolsillo derecho de la americana y la contera metálica de una pluma estilográfica apoyándose sobre su estómago a través de la tela, fueron más que suficientes para vencer toda resistencia. Dio media vuelta rápida, abrió la puerta y entró sin molestarse en pedir permiso ni osar volver la cabeza. Yo penetré pisándole los talones, cerrando la puerta a mi espalda.

—¿Qué significa esta irrupción? —gritó, furioso, Keith al verme, abandonando su asiento y avanzando a mi encuentro—. He dicho que no quería ver a nadie y...

—Si continúa gritando puede ocurrirle una desgracia, Baker —le interrumpí, seco, mirándole con fijeza y siempre con la mano dentro del bolsillo en gesto que no le pasó inadvertido—. Yo en su lugar bajaría la voz y emplearía mejores modales.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó, luego de tragar saliva tres veces, en un tono de voz completamente distinto.

—Que hablemos con absoluta sinceridad sobre lo de anoche.

—¿Qué es lo de anoche? —inquirió como si pudiese tener la menor duda acerca del significado de mis palabras.

—Sus andanzas y las mías. Las mías han sido aclaradas por la Policía, como lo demuestra el hecho de que esté en libertad: las suyas, en cambio...

—¡Yo no hice nada! —protestó, empezando a sudar.

—De eso precisamente quiero hablarle. Por mí —añadí, señalando al camarero— no hay inconveniente en que éste oiga todo lo que digamos; pero acaso no le convenga a usted, y en ese caso no tengo inconveniente en que se marche. ¿Qué puede decir que le amenacé con una pistola para que me dejase entrar? ¡Bah! Miren lo que llevaba en el bolsillo. Si habla se pondrá en ridículo.

Mostré la pluma estilográfica, y el camarero se puso muy colorado. Un instante debió pensar en abalanzarse sobre mí; desistió sin duda al advertir que le superaba en corpulencia. Baker le ordenó que saliese sin llamar a nadie y que se quedase en la habitación inmediata para impedir que nos interrumpiesen. Cuando estuvimos solos planteé la cuestión con entera crudeza:

—Usted me vio anoche y se lo dijo a la Policía, mintiendo al afirmar que venía del «cottage». Yo también le vi, y no

precisamente en la ventana de su habitación, sino donde usted sabe.

—¿Se lo ha dicho al teniente Hauser?

—¿Estaría usted en libertad a estas horas si se lo hubiera dicho? No, amigo mío; no. Yo sé callarme la boca cuando me conviene. De usted depende que la abra o no.

—¿Qué quiere? ¿Dinero? —Y su voz reflejaba un terrible nerviosismo.

—No —repuse, despectivo—. No tiene usted lo suficiente para cerrarme el pico. Mi silencio tiene otro precio: decirme con absoluta sinceridad dónde fue anoche, lo que hizo y, sobre todas las cosas, lo que vio. Sin embustes, ¿eh? Una sola mentira y...

Me costó algún trabajo convencerle, pero al fin se dio por vencido y habló. Como yo sabía ya, su mujer —veinte años más joven y de una extraordinaria belleza— le hacía dejado tres meses antes, presentando demanda de divorcio. El culpable de su desgracia no era otro que Larry. Había impulsado a su esposa a dar aquel paso y la visitaba con cierta frecuencia en Key West.

A Gerald Vanedden, el detective particular que velaba por Nagler, se le había escapado la víspera que *mistress* Baker venía alguna noches a Coconut Beach a ver a Larry, pasando varias horas a su lado en el «cottage», a un paso del pobre Keith.

—Dio a entender qué vendría anoche, y yo estuve vigilando desde mi habitación todos los coches que se aproximaban.

Bajó cuando vio que uno se detenía cerca del «cottage» y apagaba las luces. Su primer impulso fue sorprender a su mujer y a Nagler juntos; luego rectificó. Temía a Larry, dispuesto siempre a manejar la pistola, porque podía empezar a tirar al verle aparecer y ser su esposa la primera víctima. Optó por aguardar pacientemente, agazapado entre unos arbustos, cerca del coche, a que terminase la entrevista. Cuando su mujer volviese al coche se acercaría a hablarla.

—La espera resultó más corta de lo que temía: apenas diez minutos. Pero no fue Peggie quien salió, sino...

—Ridden Gayson, ¿no? —Me adelanté, viendo que vacilaba en dar el nombre.

—Sí, Ridden Gayson —confirmó—. Recibí una gran alegría al ver que no era mi mujer, di una pequeña vuelta pava despejar la cabeza y volví al hotel.

—¿Por qué si vio a Ridden no se lo dijo a la Policía y, en cambio, me acusó a mí? —pregunté, irritado.

Me dio una explicación bastante verosímil. Al enterarse del crimen pensó en Gayson y tuvo intenciones de decirlo. Pero antes de tener ocasión de hablar con los agentes supo por el portero y el encargado del garaje que todas las sospechas policíacas se centraban en mí. Al interrogarle Hauser empezó por decir que estaba totalmente demostrado que el asesino era yo. Baker creyó salir del apuro reconociendo que me había visto entrar en el Seaside a las doce y cuarto, como era verdad, callándose todo lo referente a Ridden.

—Al que pensaba sacar los cuartos a cambio de su silencio, ¿verdad? —salté, conteniendo a duras penas el ansia de abofetearlo.

Negó con aparente sinceridad. Reconocía con todo cinismo que no le desagradaba la perspectiva de hacer víctima de un buen chantaje a Gayson; pero más que a esa halagüeña posibilidad, su silencio se debía al miedo. Si acusaba a Ridden y no conseguía que lo encerrasen —y sería difícil porque se habría buscado alguna buena coartada y tenía amigos, dinero e influencias bastantes para arreglar cualquier dificultad—, su vida no sería muy larga. Incluso si le detenían, nunca faltaría quien hiciera desaparecer al principal testigo de cargo.

—Bien —dije, cortando sus explicaciones—. Ahora vas a repetir por escrito todo lo que acabas de decirme.

—¿Para presentar mi declaración a la Policía? —inquirió, asustado.

—¡Descuida! Yo no trabajo por amor al arte, y la «bofia» no había de darme un centavo. Gayson, en cambio, me dará millones; pero me los dará por algo, y ese algo será tu acusación. ¿Entendido?

Creí entenderme perfectamente, suponiendo que mi contextura moral era semejante a la suya. Lo que yo le proponía en fin de cuentas era lo mismo que él habría hecho de estar trocados los papeles y tener el valor preciso para hacerlo.

Se negó en un primer instante. Arriesgaba mucho al escribir una confesión, y no ganaba nada. Tuve que recurrir a mis procedimientos habituales para convencerle. Dos directos a la mandíbula que le hicieron rodar por el suelo, le ablandaron bastante; el cañón de una pistola apoyándose en su sien resultó el

argumento definitivo.

—No sé si Ridden te matará al enterarse de tu declaración, aunque yo te daré tiempo a escapar y cincuenta mil para que puedas iniciar una nueva vida en otra parte; pero lo que sí te juro es que no vivirás dentro de medio minuto si no has empezado a escribir...

Escribió todo lo que quise, y no quise más que la verdad. Cuando tuve firmada su declaración me dirigí tranquilamente hacia la salida. A modo de despedida, le advertí:

—Te conviene no decir palabra de lo sucedido. Si Hauser se entera de algo le daré a leer tu declaración. ¿Sabes las consecuencias? Si cree lo que afirmas te encerrará por engañarle, ocultándole la verdad de lo sucedido. Y si no te cree...

—¿Qué?

—Daré por seguro que fuiste tú quien liquidó a Larry, movido por los celos, y no habrá quien te libre de la silla eléctrica.

Traté de ver a Noemi, pero me dijeron que había ido a Miami, llamada por los abogados de Nagler, y que no sabían, cuándo volvería. Al Edén Rock sería inútil ir antes de cenar, si quería encontrar a Lili o a su amigo Gayson. Como no eran más que las siete de la tarde, pensé que pedía aprovechar la media hora que faltaba para la cena hablando con el viejo Maxfield. Aunque nadie había pensado en él, y pese a que ya estaba seguro de que el asesino no podía ser otro que Ridden, quise verle. Sabría, por lo menos, si antes de morir había logrado de Larry que le dijese dónde estaba su hija.

Me recibió en su habitación y hablamos, como era inevitable, del asesinato de la víspera. Parecía alegrarse sinceramente de que se hubiesen desvanecido las sospechas que recaían sobre mí y que la Policía me hubiese dejado tranquilo. Yo aludí a la visita al Edén y la sorpresa que me produjo verle en aquel lugar.

—Tuve que ir —me respondió—, porque anoche mismo esperaba una contestación definitiva respecto a la infeliz Joan.

—¿Y por qué, si puede saberse, le citó Nagler allí cuando pudo hablarle aquí mismo con mayor comodidad para ambos? —pregunté, intrigado.

—¿Nagler? —Y parecía sorprendido a su vez—. Pero... ¿para qué tenía que hablarme Nagler?

—Para decirle dónde está su hija, naturalmente —repuse—, dónde está y cuándo volverá a verla.

—Sufre un grave error, Stern —aclaró, pausado el viejo—. No fue Nagler el canalla que engañó a mi hija, sino...

—Ridden Gayson —afirmé, seguro de no equivocarme, me adelanté a sus palabras cuando vi que vacilaba en dar el nombre.

—¡El mismo! Dijo que iría hoy a Key West para arreglarlo todo. Si no lo hace...

—Procure vivir prevenido y alerta, Maxfield —le aconsejé—. Es probable que no haga nada de lo que le ha pedido; en cambio, puede intentar cerrarle la boca.

—Yo hablaré muy alto, y si ese miserable no me devuelve a la pobre Joan tendrá que sentirlo.

—Mejor es que lo deje en mis manos, Maxfield. No sabe con quién se juega los cuartos. Si se enfrenta con Ridden y hay un muerto, lo más seguro es que sea usted...

No sin ciertas dificultades logré, del viejo la promesa de que no intentaría recurrir a la violencia; no lo hice, naturalmente, por simpatía hacia Gayson, sino por todo lo contrario. A Ridden esperaba y deseaba ajustarle las cuentas yo, y estaba convencido de que lo haría con mayor eficacia y contundencia que el pobre Maxfield.

Cuando bajé al comedor supe que el teniente Hauser se hallaba en el Seaside, que había preguntado por mí y que estaba charlando en su despacho con Baker.

Un instante temí que Keith le hablase de los procedimientos utilizados para arrancarle una declaración escrita de cuánto había visto la noche anterior; me tranquilicé pensando que callaría por la cuenta que le tenía.

Así fue en efecto. No supe de qué habían hablado, pero lo efectivo es que una vez concluida su charla vi al teniente cruzar el comedor y dirigirse hacia la salida; aunque me vio y hasta me dirigió una mirada nada amistosa, ni se acercó ni me preguntó nada. Diez minutos después, cuando acababa la cena, me llamaron por teléfono.

—Soy Noemi Chafer, míster Stern —dijo una voz femenina—. Sé que ha estado preguntando por mí; yo, que he llegado hace cinco minutos de Miami, también necesito hablar con usted.

—Perfectamente —repuse—. ¿La espero en el Seaside, o prefiere que vaya a buscarla al «cottage», suponiendo que esté en él?

—Estoy en el «cottage», desde luego, y prefiero que venga aquí. Pero no ahora —se apresuró a añadir—. Quiero hablarle a solas, y cuando me oiga comprenderá las razones para esta sorprendente petición. He de mostrarle algunas cosas y sería peligroso que nadie, excepto usted, supiera que las tengo en mi poder.

Con toda sinceridad he de reconocer que me extrañó, más que la llamada, que confiara en mí hasta el punto de desear verme sin testigos para enseñarme algo importante relacionado seguramente con el crimen de la víspera. Ciertamente habíamos hablado varias veces y que tenía la impresión de no serle antipático. Pero lo lógico sería que acudiese a la Policía, o cuando menos a Gerald Vanedden, que era detective particular y con el que paseaba tantos ratos a solas. «Quizá hayan tenido algún disgustillo», pensé. Luego una idea extraña cruzó por mi mente. «¿Y si la muchacha sospecha de Vanedden?».

No le dije nada de esto, sin embargo. La voz revelaba nerviosismo y alarma, y decirle lo que pensaba hubiese aumentado su inquietud. Me limité, pues, a preguntarla cuándo y dónde quería que la viese.

—Venga a las nueve y media en punto, míster Stern. Ni antes ni después. ¿Le sorprende? Lo comprendo, pero tengo mis razones. ¿Lo hará? ¡Muchas gracias! Dé la vuelta al «cottage», procure que nadie le siga y llame a la puerta de mis habitaciones. ¡Y no se olvide que ha de ser a las nueve y media!

Las palabras de la muchacha me dejaron sumido en un mar de confusiones. Un instante pensé que pudiera no ser Noemi. El teléfono altera bastante la voz de algunas personas y yo no conocía lo suficiente a *miss* Chafer para poder decidir si era o no suya la que acababa de escuchar. Pero, de no ser ella, ¿qué interés podría tener nadie en hacerme ir a buscarla a las nueve y media de la noche?

No perdía nada, en cualquier caso, con hacer lo que me habían pedido. Aun en el caso improbable de que se tratase de una broma, me sobraría tiempo para coger el coche y estar en el Edén Rock en el preciso instante en que Lili iniciaba el primero de sus números.

Subí a mi cuarto para matar un rato. Allí, y como medida de precaución ante cualquier eventualidad, comprobé que la pistola

que había arrebatado noches antes a Gayson, estaba en condiciones de ser utilizada sin demoras peligrosas. También puse a buen recaudo la confesión de Baker —escondiéndola en lugar donde sería difícil que nadie pudiera encontrarla— hasta que llegase el momento de presentarla como prueba decisiva contra el miserable de Ridden.

Pero no eran aún las nueve y la impaciencia no me permitió continuar en mi habitación. Pensé que un paseo por la playa aclararía bastante mis ideas, y que acaso, aunque no fuera mi propósito espiarlos, pudiese ver desde lejos marcharse a los visitantes de Noemi y saber quiénes eran. Me guardé la pistola y con aire aparentemente distraído, pero mirando en todas las direcciones por si alguien seguía mis pasos, abandoné el Seaside.

No fui directamente hacia la parte trasera del «cottage» donde *miss* Chafer tenía sus habitaciones, sino que me dediqué a pasear por la playa. Sin rumbo fijo anduve dando vueltas de un lado para otro. Pero sobre las nueve y diez, y de una manera puramente instintiva, encaminé mis pasos hacia el punto en que había de encontrarme con la secretaria del difunto Larry.

Estaría a más de un centenar de yardas cuando la puerta del «cottage» se abrió un instante. Casi al mismo tiempo llegó a mis oídos un grito de dolor. El grito había sido proferido por una mujer, y no tuve la menor duda de que se trataba de Noemi.

La distancia a que me encontraba, la oscuridad de la noche y una ligera neblina me impedían ver lo ocurrido. Sin pensarlo dos veces eché a correr con toda la velocidad que mis piernas me permitían. Pronto descubrí entre la bruma la figura de un hombre cargado con un bulto pesado al parecer, que corría a su vez en dirección al mar cercano.

—¡Alto! ¡Alto! —grité—. ¡Deténgase!

Sin hacer el menor caso acentuó la rapidez de su carrera. Cuando llegó al borde del agua arrojó el fardo con que iba cargado. El corazón me dio un vuelco al pensar que dicho bulto podía ser el cuerpo inanimado de una mujer. Si estaba gravemente herida, sólo con que estuviera inconsciente, el agua, que apenas si tenía dos palmos en tal lugar, bastaría para ahogarla.

—¡Canalla! —grité, corriendo con mayor velocidad.

El individuo se volvió un instante sin disminuir la rapidez de su

huida. Un fogonazo desgarró la oscuridad, se escuchó el estrépito de un disparo y la bala pasó silbando cerca de mi cabeza. Contesté en la misma forma, pero estaba muy lejos, mi desconocido adversario apenas resultaba visible y debí fallar el blanco.

Torné a disparar dos veces más, no obstante, y el fugitivo apretó otras tantas el gatillo, de su pistola; ni uno ni otro dimos donde nos proponíamos. Pero yo iba ganando terreno, y antes de que aquel sujeto saliese a la carretera, luego de dar una vuelta en torno al «cottage», confiaba en darle alcance.

Llegaba en aquel momento al lugar mismo en que el desconocido arrojase su fardo al agua. Miré de manera maquinal y lo que vi me hizo suspender en el acto la persecución.

—¡Es una mujer y se está ahogando!

Guardándome la pistola corrí en su socorro. Estaba tumbada boca abajo en la arena, casi cubierta por las olas. Unos minutos más así y moriría, suponiendo que no hubiese muerto ya. Con movimiento rápido la cogí de los brazos, sacándola del agua y dándole media vuelta.

—¡Noemi Chafer!

Lo era, en efecto. Debía haber recibido un golpe fuerte en la cabeza y estaba inconsciente; pero pude comprobar que el corazón seguía latiendo. En aquel instante oí pasos de alguien que se acercaba a la carrera. Temiendo que fuese el fugitivo que, pasado el primer susto, volvía para completar su labor, eché mano a la pistola.

—¡No tire, Stern! Soy el teniente Hauser, y voy en su ayuda.

Segundos después estaba a mi lado. Mientras los dos movíamos a la muchacha, para que arrojase el agua que pudiese haber ingerido y empezábamos a hacerle la respiración artificial, me explicó que había seguido mis pasos desde que salí del Seaside.

—Oí el grito como usted y de lejos vi huir al agresor, y escuché los disparos. Fue una suerte que estuviera cerca, Stern, porque logró salvar a esta pobre chica, aunque fuese en el último segundo.

Des minutos después Noemi abrió los ojos. Se llevó la mano a la cabeza, lanzó un pequeño gemido y se me quedó mirando con gesto de agudo temor.

—¡Usted! ¡Usted fue el que...!

Sonriente, Hauser me dio un codazo. En voz baja murmuró:

—También para usted fue una suerte que siguiera sus pasos. De no estar yo tan cerca, ahora se vería acusado de un nuevo crimen...

¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!
triumfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F. B. I.

IV

CARRERA CONTRA EL RELOJ



O era mucho lo que Noemi tenía que contar. Sobre las ocho de la noche había regresado de Miami en compañía de Vanedden y de Caryl Preston, el abogado neoyorquino amigo de Larry. Ambos se fueron al poco rato y la muchacha se entretuvo en hacer su equipaje, ya que no le agradaba continuar allí, en el mismo edificio y a corta distancia del lugar en que Nagler fue asesinado.

—Poco después de las nueve llamaron a la puerta. Salí a abrir sin ningún recelo, recibí un fuerte golpe en la cabeza y no me di cuenta de nada hasta que abrí los ojos en la playa y les vi a ustedes

dos inclinados sobre mí.

Que habían intentado terminar con su vida, resultaba evidente. ¿Por qué? A mi entender sólo había una respuesta posible: conocía, o al menos así lo temía el interesado, quién era el autor de la muerte de Nagler. Hauser me daba la razón, pero Noemi protestaba:

—¡Pero si yo no tengo la menor idea de quién pudo ser!...

—Olvida algo fundamental, *miss* Chafer —repliqué—. Que, según dijo a la Policía, vio detenerse un coche ante el «cottage», y creyó reconocerlo como perteneciente a Ridden Gayson.

—¡Bah! —Se encogió de hombros, despectivo, el teniente—. Fue una fantasía; míster Gayson ha podido probar que estaba en Miami a aquella hora...

—Se equivoca de medio a medio, Hauser. Ridden no estaba en Miami. Hubo aquí quien no sólo reconoció el coche, sino que vio a su propietario a la hora de cometerse el crimen.

—¿Usted? —preguntó el teniente, y el gesto que acompañó a la palabra decía bien a las claras que continuaba considerándome como el sospechoso número uno.

—No; yo vi el coche parado, pero no supe a quién pertenecía. Otra persona, en cambio, que no está muy lejos y cuyo nombre le daré en momento oportuno...

Conté cuánto me había dicho Keith Baker. Hauser me escuchó entre sorprendido e incrédulo. Que yo me negase a revelar quién había visto a Gayson no contribuyó precisamente a convencerle. Discutimos unos minutos sin ponernos de acuerdo. Al final, volvimos al punto de partida.

—Para mí es evidente que Ridden trató de asesinar a *miss* Chafer porque vio su coche —afirmé, rotundo—. Como lo es que fue su buena amiga Lili la que me telefoneó haciéndose pasar por Noemi, para que cuando se descubriese el cadáver de la señorita y se supiese la hora en que murió nadie dudase de que era yo el autor de los dos crímenes.

—Cosa que hubiera sido el primero en sostener —declaró con entera nobleza el teniente—, de no haberseme ocurrido seguirle y ser testigo de lo sucedido.

Pero si admitía que alguien distinto a mi trató de asesinar a Noemi, se resistía a creer que midiera ser Gayson, y menos aún por una alusión que juzgaba poco peligrosa para Ridden.

Indudablemente tenía que haber algo que explicase y justificara aquel atentado.

—Quizá alguno de los herederos de Nagler, dolido porque en su testamento le dejé cien mil dólares.

Examinamos aquella posibilidad y no tardamos en desecharla. Larry dejaba la mayor parte de sus bienes a tres sobrinos —hijos de una hermana— de cuya protección se había encargado al quedar huérfanos, y que estaban internos en un colegio de Boston. Era dudoso que los sobrinos conocieran ya la muerte de su tío; en cualquier caso, ninguno de ellos se encontraba en Florida.

—Acaso alguna amiga de Nagler, celosa por verla a su lado o indignada al suponer que le había nombrado heredera, sea la culpable de todo —insinuó Hauser.

Pero tampoco aquella hipótesis tenía la menor consistencia. No podía olvidarse que a Noemi la atacó y golpeó un hombre, aunque fuese una mujer quien me telefoneó a mí. Larry había tenido múltiples amigas; ninguna de ellas, que nosotros o mis Chafer supiese, se hallaba en Coconut Beach.

—Y lo más extraño —afirmó la muchacha— es que yo no tengo ni creo haber tenido nunca un solo enemigo persona.

—Tal vez si nos contase su historia podríamos dar con quién está interesado en su desaparición —temió a decir el teniente.

La idea se me antojó tan inútil como pueril —acaso porque yo estaba plenamente convencido de que no había más culpable que Gayson—, pero no pude oponerme a que la joven hablase, mientras tomaba una taza de calé bien caliente y algunos sorbos de «*brandy*» para acabar de reponerse.

Resultó lo que yo pensaba. Nada de lo que Noemi nos dijo ofrecía gran interés. Su historia era perfectamente vulgar. Había nacido en Jersey City, pero cuando tenía dos años sus padres se divorciaron, yéndose a vivir a Brooklyn con su madre. Allí su madre tuvo que trabajar mucho para mantenerse y mantener a la niña. Durante algún tiempo explotó una modesta pensión en una callejuela sórdida cercana a los muelles de Gewanus Bay.

—Fue allí donde mi madre conoció a míster Nagler, que se hospedó durante varios meses en la casa.

Noemi sólo pudo hacer estudios elementales y aprender taquigrafía. A los dieciséis años ya estaba en una oficina; pasó por

varias después, y nunca consiguió ganar gran cosa. Se quedó sin trabajo poco después de la muerte de su madre. Un día, por verdadera casualidad, se enteró de que Larry, al que había conocido de niña, era dueño de un hotel en Florida. Le escribió sin grandes esperanzas de que la recordase, y su contestación fue una carta diciéndola que fuese a Miami y el dinero preciso para realizar el viaje.

—Me nombró secretaria suya y me asignó un buen sueldo —concluyó la joven—. Es posible que fuese todo lo malo que algunos dicen. Para mí fue siempre como un padre.

—Y ¿qué fue de su padre verdadero, *miss* Chafer? —inquirí, sin saber exactamente por qué hacía la pregunta.

—No llagué a conocerle. Murió en un accidente ferroviario cuando yo tenía cuatro o cinco años. Mi madre no conservaba ningún buen recuerdo de él. Ni siquiera quiso que llevara su nombre. El apellido Chafer es el de ella de soltera. Mi padre se llamaba White, Thomas White.

El apellido me hizo pegar un salto. Había en el Seaside alguien que se llamaba White; *mistress* White, concretamente. Era la viuda, no demasiado agraciada físicamente, pero cargada de millones, a quien Caryl Baker, el abogado neoyorquino hacía la corte con un entusiasmo que sólo podían justificar las riquezas de la mujer.

—*Mistress* White —dijo Noemi, respondiendo a una pregunta mía— nada tiene que ver conmigo. White es apellido muy corriente; hay millares y millares en toda América, sin que me una con ellos el menor parentesco.

Cuando *miss* Chafer se hubo repuesto un poco y cambió sus ropas mojadas por otras secas, la llevamos con nosotros al Seaside, temerosos de dejarla sola en el «cottage», sabiendo que un asesino rondaba por los alrededores. En la puerta del hotel coincidimos con la llegada de un coche del que se apearon Gerald Vanedden y Caryl Preston. Una repentina sospecha me forzó a aproximarme a ellos, preguntándoles:

—¿Tendrían algún inconveniente en decirnos de dónde vienen y dónde se hallaban hace media hora?

El abogado me midió de pies a cabeza con una mirada despectiva y no se molestó en responder. Vanedden contestó en tono irritado que no tenía por qué darme explicaciones de ninguna

clase acerca de sus movimientos. Sólo cuando el teniente Hauser, a quien ambos conocían, ratificó mi demanda con una pregunta parecida, accedieron a decirlo. Según afirmaron, después de separarse de *miss* Chafer habían vuelto a Miami.

—¿Qué importancia puede tener adonde hayamos ido y qué interés tienen en saberlo? —preguntó a su vez Preston.

En pocas palabras, Hauser les contó la agresión de que *miss* Chafer había sido víctima. Los dos demostraron una indignación sin límites, especialmente Vanedden, que se acercó a la muchacha profiriendo toda clase de amenazas contra el que había pretendido ahogarla y afirmando que si algo la hubiese pasado no se lo habría perdonado nunca.

—En cierto sentido —añadió vehemente—, toda la culpa es mía. Después del asesinato de Nagler no debí dejarla sola ni un minuto en el «cottage». Especialmente cuando todavía, sigue en libertad el asesino.

El abogado, tras condenar en los términos más duros la siniestra intontona, se indignó de que nadie hubiese podido recelar de él.

—¡Y menos que nadie usted! —vociferó, furioso, dirigiéndose a mí—. ¡Usted, que no sólo mató a Larry, sino que esta noche ha querido terminar con...!

No fui dueño de mis nervios y le obligué a callar de un violento puñetazo que le hizo retroceder tambaleante hasta tropezar contra la pared del «*hall*». Ciego de rabia, dolido por la acusación tan injusta como estúpida, quise seguir golpeándolo, pero Hauser me lo impidió, poniéndose en medio.

—No tiene razón para hablar así —afirmó el teniente en tono severo, hablando a Preston y poniéndose por una vez a mi lado—. De no ser por Stern, *miss* Chafer estaría muerta a estas horas.

El abogado masculló algunas maldiciones, pero, escarmentado por la dureza de mis puños, no se atrevió ya a enfrentarse abiertamente conmigo. Gerald Vanedden, por su parte, reaccionó ofreciéndome su mano y diciendo con entera nobleza:

—Llegué a sospechar, como todos, que tuvo algo que ver en lo sucedido anoche. Ahora, luego de su conducta ejemplar en defensa de *miss* Chafer, no puedo seguir recelando de usted. Ésta es mi mano, Stern. Se la ofrezco con toda mi gratitud y admiración por haber evitado un crimen cien veces más vergonzoso y cobarde que

el de hace veinticuatro horas.

Su actitud era enteramente lógica; miraba a Noemi con gesto que no dejaba lugar a dudas respecto a sus sentimientos. Si yo hubiese estado enamorado de una mujer —y lo he estado muchas veces—, daría con toda sinceridad las gracias a quien la librara de algún peligro, y únicamente sentiría no haber estado presente para castigar a quien pudiera ofenderla. Y era esto, todo esto que indudablemente sentía Vanedden, lo que hizo aumentar la simpatía que me inspiraba.

Su amigo el abogado Preston, en cambio, me resultaba más antipático cada vez. No niego que pudiera influir en ello, junto a sus últimas frases ofensivas, lo que sabía respecto a su historia. Tanto como a «gánsters» y pistoleros he odiado siempre a la serie de logreros que ponen sus conocimientos jurídicos, su elocuencia y su habilidad al servicio y defensa del hampa. Y en Caryl veía, con justa razón, a uno de los más perfectos ejemplares de aquella fauna.

Mi puñetazo le había hecho daño, porque de cuando en cuando se acariciaba la dolorida mandíbula; pero creo que todavía lo dolía más verse derrotado en toda la línea con tanta facilidad. Cuando Gerald me felicitó le dirigió una mirada rencorosa; luego, viendo que nadie le hacía caso, considerándose en situación desairada, dio media vuelta y desapareció, diciendo entre dientes que mi stress White le esperaba para cenar juntos, como la había prometido.

—¿Fue *mistress* White con ustedes a Miami? —preguste a Vanedden.

—No —respondió ligeramente extrañado—; creo que no se ha movido del hotel. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque esa señora parece la sombra de Preston —repuse sin darle importancia—, o viceversa. Es difícil verlos separados.

—Sí —dijo con marcada ironía Gerald—. El amigo Caryl anda muy enamorado. Es un poco extraño a sus años, pero el amor no mira al calendario.

En su caso concreto no parecía que el calendario tuviese nada que oponer a sus evidentes propósitos sentimentales. Sus treinta años estaban en perfecta consonancia con los veinticuatro o veinticinco de Noemi. Aunque sin saber exactamente por qué yo tenía la impresión de que estaba mucho más entusiasmado con la muchacha que la muchacha con él. Podía estar equivocado,

naturalmente, que las mujeres disimulan mejor que los hombres y todas saben por instinto que nada estimula tanto nuestro deseo como una aparente indiferencia mezclada habilidosamente con miradas y sonrisas prometedoras.

—¿Adónde va ahora, Stern? —me preguntó Hauser, que había salido tras de mí del Seaside, cuando dejamos a Gerald y Noemi tomando café y charlando en el bar del hotel.

—A Coral Cables —respondí, no juzgando necesario disimular mis propósitos—. Una visita al Edén Rock puede ser muy interesante.

—¿Sigue pensando en Ridden Gayson?

—No he dejado un solo segundo de pensar en él. Si compruebo que llegó allí alrededor de las nueve y media; si logro, sobre todo, sorprender a Lili y hacerla reconocer que me llamó al Seaside, entonces.

—Entonces —se me adelantó el teniente— será conveniente que le acompañe. También me interesa lo que puedan decir Gayson o Lili.

No podía oponerme; Hauser había demostrado aquella noche ser un poco más inteligente de lo que suponía, y estaba seguro de que iría de todas las maneras. Preferí que viniera conmigo a que sé fuera solo, con grave riesgo de que se me adelantase, echándolo todo a rodar.

—¿Por qué le interesa tanto *mistress* White? —inquirió en el camino—. Y no pretenda negarlo, Stern. No sólo habló de ella a *miss* Chafer, sino que luego hizo a Vanedden una pregunta cuyo alcance no acabo de comprender.

—Es posible que no tenga ninguno —repliqué, evasivo—. A diferencia de usted, Hauser, que sólo desconfía de mí, yo desconfío de todo el mundo cuando hay una cosa que no entiendo. Pero si *mistress* White no estuvo en Miami con Preston...

—¿Qué?

—Que tuvo que ser Lili forzosamente quien hiciera la llamada telefónica que me llevó a la playa. Pero espere un poco, teniente; no tardaremos en salir de dudas.

Lo creía sinceramente, pero me equivocaba. Cuando llegamos al Edén Rock no quise perder tiempo asomándome a la sala de fiestas o recorriendo los salones de juego. Fui directamente a la puerta que

daba acceso a los camerinos. Antes de llegar indiqué en voz baja a mi acompañante:

—Déjeme hablar a mí solo, Hauser. Todo será más fácil si me deja actuar con libertad.

Quiso poner algunos reparos, pero no me molesté en escucharle. Al ir a entrar, nos cerró el paso la mujer corpulenta y de gesto agrio; si la noche anterior me costó veinte dólares vencer su resistencia, aquélla, a juzgar por su actitud, había de costarme mil; sólo que yo no estaba dispuesto a soltar un solo centavo.

—No se puede pasar —dijo, interponiéndose en nuestro camino—. Además, *miss* Lili no está.

—¿Y cómo sabes que venimos a ver a *miss* Lili? —inquirí rápidamente.

Un instante vaciló en contestar, desconcertada por mi pregunta. Al cabo masculló una explicación verosímil: la mayoría de los caballeros que pretendían llegar por aquel camino a los camerinos lo hacían para ver a Lili.

—¿No será más cierto que recuerdas lo de anoche? —La interrumpí antes de que concluyera.

—¿Qué es lo de anoche? —preguntó a su vez, con una cara pétrea, simulando una absoluta ignorancia.

—Que alguien me sacudió por la espalda cuando hablaba con *miss* Lili, y luego me sacaron desvanecido por aquí, dejándome tirado en el jardín, no sin antes registrar concienzudamente mis bolsillos.

Tenía rostro de jugador de póker. Ni un ligero parpadeo traicionó la inquietud que debía sentir. En tono desdeñoso afirmó:

—El caballero debió beber más de la cuenta y soñó todo eso una vez bebido.

—Pues soñé algo más, encanto; soñé que estabas en una buena celda y que te pasabas en ella la mitad de tu vida.

—No me gustan esas bromas —gruñó, irritada—. ¡Y váyanse! —añadió, mientras intentaba cerrar la puerta—. Por aquí no puede pasar nadie.

Tenía fuerza, pero no tanta que pudiera darme con la puerta en las narices cuando estaba dispuesto a impedirlo. De un violento empujón abrió de par en par.

—Pasaremos de todas formas, dulzura, y sería peligroso que te

opusieras. Podrías verte acusada de obstruir la acción de la Justicia, y quizá algo peor.

Empezaba a alarmarse, y por sus ojos cruzó usía sombra de temor; quedó boquiabierta y desconcertada, sin saber qué decir; yo seguí hablando:

—Sí, amiguita, sí. No creo que te agrade que el District Attorney te acusara de complicidad en un asesinato, ¿eh?

—¿Asesinato? —preguntó con voz temblorosa y cambiando de color. Entonces, ¿ustedes son...?

—Policías, naturalmente —afirmé en tono resuelto—. Tú verás si te conviene mentir o dificultar nuestra labor.

Hauser quiso decir algo, seguramente aclarar que el único policía era él y que nuestra visita no tenía carácter oficial; le di un codazo para que se callase. Por si acaso, me adelanté a hablar:

—¿Qué? ¿Nos dejas pasar, sí o no?

—¡Claro que les dejo, señor! Pero les aseguro que *miss* Lili no está. No ha venido y...

—Me convencerá cuando lo vea. ¡Vete delante! No quiero que repitas lo de anoche y avises a Gaynor en cuanto te vuelva la espalda.

—Lo siento, señor —se disculpó la mujer—. Si hubiera sabido quién era...

Llegamos al camerino y entramos. Una sola ojeada bastó para que comprendiese que aquella noche Lili no se había cambiado de ropa para actuar, aunque era la hora en que debía aparecer en la pista; incluso tuve la impresión de que había muchos menos vestidos en las paredes y en el armario que veinticuatro horas antes.

—Estuvo esta tarde un momento —explicó la mujer—, recogiendo algunas cosas. Tenía mucha prisa, porque *míster* Gayson la estaba esperando.

—¿A qué hora?

—A las cinco y media. Yo acababa de llegar. Apenas si les vi montar en el coche y marcharse.

—¿A Miami?

—No, en dirección contraria. Alguien, no sé quién exactamente, me dijo que iban a Key West. Creo que piensan pasar unos días fuera, como otras veces. En el yate.

Parecía decir la verdad, pero yo no me fiaba. Podía estar

mintiendo para dar tiempo a Lili y Ridden a quitarse de en medio. Quise comprobarlo.

—Veremos si es cierto. No te muevas de aquí —dije a la mujer—, ni trates de avisar a nadie. Si lo intentas o nos has mentido...

Pronto comprobé que no era así. Recorrimos los distintos salones del Edén Rock y no encontramos a los que buscábamos. Preguntamos al «maitre», a dos camareros y a uno de los porteros. Todos dijeron lo mismo. Gayson había estado un momento a media tarde, acompañado de Lili; luego se habían ido juntos, indicando que estarían fuera varios días.

—¿Qué piensa ahora, Stern? —preguntó con cierta sarna Hauser, cuando estuvimos en el coche, de regreso hacia Coconut Beach.

—Lo mismo que antes —repuse—. Marchándose de aquí a las seis tuvieron tiempo sobrado para llamarme por teléfono, tratar de asesinar a Noemí e ir a embarcarse, asegurándose una buena coartada. ¿No logró convencerle a usted de que anoche, a las once y media, estaba, en Miami? Pues lo mismo pretenden hoy.

El teniente masculló algo entre dientes que no llegué a entender. O le molestaba que yo recordase su traspies de la mañana o no estaba seguro aún de que Ridden, y no yo, fuera el asesino de Larry.

Dejé el coche en la puerta del Seaside sin molestarme en llevarlo al garaje por si tenía que volver a utilizarlo con rapidez, y siempre seguido por el teniente penetré en el hotel.

—Hay un caballero esperándole, míster Stern —me dijo el portero nocturno—. Llegó hace media hora y no quiere marcharse sin verle. Dijo que era algo importante y que le indicásemos que estaba en el bar.

—Quizá sea Gaynor —insinuó, con una sonrisa, Hauser—. Se habrá enterado de sus fantasías contra él y querrá pedirle cuentas.

—¡Ojalá lo sea! Le aseguro que va a quedar satisfecho...

Había poca gente en el bar; la mayoría de los huéspedes del Seaside estaban a aquellas horas divirtiéndose en Miami y Coral Cables o durmiendo tranquilamente. En una mesa pude ver charlando aún a *miss* Chafer y Vanedden; indudablemente, la muchacha tenía miedo a irse a dormir al «cottage» y retrasaba el momento de hacerlo. En el extremo opuesto del salón, en una mesa aislada, vi al que me esperaba que no era precisamente Ridden

Gayson.

Se trataba del inspector Barnett, y constituyó para mí una verdadera sorpresa verle allí. Nueve horas antes había hablado con él, no insinuó siquiera que pensara moverse de Washington y ahora me lo encontraba en Coconut Beach muy atareado en dar fin a un gran plato de fiambres.

—¡Hola, muchacho! —exclamó al verme llegar—. Siéntate y hablaremos. Ya veo —añadió, fijándose en el esparadrapo que cubría la brecha de la sien derecha— que te han estropeado un poco más el físico. ¡Y todo para que liquidasen a Nagler y te acusaran del asesinato!

—¡Deje en paz mi cara, inspector! —Gruñí malhumorado—. Supongo que no habrá venido a Florida solo para ver el aspecto que tengo.

—¿Inspector? —preguntó intrigado y receloso Hauser, que me había seguido de cerca, anticipándose a lo que pudiera decir Barnett—. ¿Inspector de qué?

—¿Quién es ese tipo, Stern? —inquirió a su vez el inspector, arrugando el ceño—. ¿Alguno de esos amigos que sueles buscarte en todas partes para complicar más las cosas?

—El teniente Hauser tiene poco de amigo —repuse—. Está empeñado en que maté a Larry y me sigue a todas partes como la sombra al cuerpo.

—¿Quién es este señor? —Tornó a preguntar Hauser en un tono más deferente que el empleado antes, impresionado por el aire de autoridad que tenía Barnett.

—Puedes decírselo, Bob —indicó el inspector, viendo que vacilaba en responder—. Lo sabría tarde o temprano, y acaso necesitemos esta noche misma recurrir a él o a otros miembros de la Policía local.

Cuando le dije que Barnett era inspector de la Policía Federal, el teniente abrió unos ojos como platos y se rascó pensativo la barbilla. Me miró desconcertado y preguntó:

—¿Entonces usted...?

—Es Robert H. Stern, agente especial del

F. B. I.

—intervino Barnett—, y no el forajido que suponía, Hauser. Aunque a decir verdad —añadió con una sonrisa— le guste demasiado dar

gusto al dedo y tenga algunos muertos a su cargo.

—Todos los cuales están bien muertos —salté, molesto.

—Pero lo hubieran estado mucho mejor de haber terminado en la silla eléctrica, luego de ser juzgados y condenados. Por desgracia el amigo Bob...

—Olvide la historia antigua, inspector —gruñí malhumorado—. Supongo que tampoco habrá venido aquí por el placer de contar al teniente lo que ocurrió hace dos o tres años.

—No —afirmó Barnett, repentinamente serio y bajando instintivamente la voz, aunque no había nadie que pudiera oírlos—. Me trae aquí algo que ocurrió esta misma mañana y que puede tener su continuación en estos momentos.

Habló sin necesidad de que le hiciese nuevas preguntas. Venía en busca de un tal Ralph P. Burden, alto empleado del State Department encargado de la sección de cifra en la Subsecretaría de Europa Occidental; Hacía tiempo ya que los servicios de inteligencias habían denunciado filtraciones de información de carácter secreto. El

F. B. I.,

montó la correspondiente vigilancia para descubrir al culpable, con toda la cautela y discreción precisas para no espantar su presa.

Comprobado sin la menor sombra de dudas la culpabilidad de Burden, la tarde anterior quisieron proceder a su detención. Pero el tipo, advertido nadie sabía cómo, no estaba en su casa. Se le buscó por todo Washington, sin el menor resultado. La inquietud creció cuando, al hacer una revisión de los documentos a que tenía acceso, se descubrió que habían desaparecido en las últimas horas algunos de extraordinaria importancia, que indudablemente se llevó Ralph.

—Mandamos aviso a todos los puertos, estaciones importantes y aeródromos. Esta mañana supimos que un individuo, cuyas señas coincidían con el que buscábamos, había salido en avión de Filadelfia con destino a Nueva Orleans. En Nueva Orleans tomó otro, con dirección, a Palm Beach, pero en Palm Beach no hay manera de encontrar sus huellas.

El inspector Barnett había volado en un avión militar a Miami. Por teléfono le había, expuesto mis fundadas sospechas de que Ridden Gayson podía continuar entregado al contrabando de pasajeros que entraban y salían clandestinamente de América, pese

a que, unos meses antes, Nagler había denunciado a quienes se dedicaban a semejantes actividades. ¿No estaría Burden en contacto con él, a través de los enlaces que fuesen?

—Incluso cabe la hipótesis de que exista una relación entre la fuga de Ralph y el asesinato de anoche. Si Larry sospechaba algo, y Gayson temía que hiciese con él lo mismo que con Deal y los otros, el crimen tendría una fácil explicación. En cualquier caso, hay una extraña coincidencia entre ambos hechos.

—Algo más que una coincidencia —afirmé, convencido, tras escuchar el breve informe de Barnett—. Porque no cabe duda de que a Larry le mató Ridden.

En esto, como en tantas otras cosas, Hauser discrepaba rotundamente. A su entender, no estaba nada claro que Gayson fuese el autor del crimen, y menos aún que su yate, utilizado, como era público y notorio, para excursiones placenteras a lo largo de las costas de Florida, sirviese para la entrada o salida de agentes extranjeros en los Estados Unidos.

—A veces —admitió— hemos recibido denuncias de auténticas bacanales, celebradas a bordo del «Pelican». Pero de eso a que sirva al espionaje de una potencia hostil, media un verdadero abismo.

Respecto al asesinato, si ya no se atrevía a insinuar que pudo ser obra mía, se resistía de manera obstinada a pensar que tuvo que cometerlo Ridden. Parecía dispuesto a sospechar antes de todo el mundo: de Keith Baker, al que había cogido en varias contradicciones en el curso de sus declaraciones; de Toby Murtón, cuya borrachera en el Edén Rock la noche del crimen no acababa de convencerle; del mismo Caryl.

Preston, muy buen amigo en apariencia de Nagler, pero que reconocía haber estado en su compañía hasta minutos antes de la tragedia.

—Sin contar, naturalmente, que Larry tenía centenares de enemigos totalmente desconocidos para nosotros, cualquiera de los cuales pudo venir, liquidarle y desaparecer.

—¿Cómo se explica, en ese caso —objeté, rápido—, la agresión contra *miss* Chafer y la maniobra para cargar el nuevo crimen sobre mis espaldas?

Con absoluta sinceridad, Hauser reconoció que la intentona de la playa no casaba con su teoría de un asesino al que no conocíamos y

del que ni siquiera sospechábamos. A Noemi sólo podían haber intentado eliminarla por un motivo: que supiese algo, aunque por el momento no se diera cuenta de qué, que revelase la verdadera identidad del criminal, o, cuando menos, que el culpable lo creyera así.

—¿Sabe algo del origen de las riquezas de *mistress* White? —inquirí, de pronto, insistiendo en una vaga sospecha que ya había sentido con anterioridad.

Aunque un poco sorprendido porque le preguntase por dicha señora en aquel instante, el teniente dijo lo poco que sabía: que, al parecer, llevaba cuatro meses viuda; que su marido, un rico industrial de Jersey City, le había dejado una cuantiosa fortuna, y que Caryl Preston, nombrado albacea testamentario, andaba muy interesado en conquistar su corazón. Y junto con el corazón, naturalmente, el dinero heredado de su difunto esposo.

—Jersey City, ¿eh? —murmuré, pensativo—. Es una coincidencia más.

—¿A qué se refiere? —saltó, sorprendido, Hauser, que no había podido seguir el curso de mis pensamientos.

—A que ya no es sólo el apellido White —repuse—, sino la ciudad de donde arribas proceden.

Hauser comprendió lo que daba a entender, pero se encogió de hombros. Ninguna relación había entre *miss* Chafer y la viuda. ¿No había dicho la propia muchacha que no les unía parentesco alguno? ¿No afirmaba que su padre murió hacía ya diecinueve o veinte años?

—Aparte de que usted está convencido de que el culpable de todo es Ridden —añadió, preguntando luego, con marcada ironía—: ¿O ha cambiado de parecer en los últimos minutos?

—No —contesté, sincero—. Sigo creyendo que ha sido él.

—Pues hablemos de Gayson —saltó, malhumorado, Barnett, que había seguido con disgusto la breve discusión entre el teniente y yo —, y olvídense de esa viuda, y de sus millones, que nos tienen totalmente sin cuidado.

Dimos nuestro asentimiento. El inspector insistía en centrar sus sospechas sobre Ridden y sus intrigantes cruceros de pesca. Suponía que, al dirigirse a Florida, Burden habría corrido en busca suya.

—¿Podría darme las señas de ese tipo? —preguntó Hauser—.

Esta mañana estuve hablando con Gayson en Miami; había varios amigos con él, cuyos nombres desconozco. Tal vez cualquiera de ellos...

Barnett exhibió un retrato, y proporcionó una descripción meticulosa de Ralph. Era un hombre de cuarenta y tres años, con cerca de seis pies de estatura y más de doscientas libras de peso. Había dos cosas que le hacían inconfundible: lo pronunciado de su abdomen, que ninguna faja conseguiría disimular, y el grosor de los cristales de sus gafas.

—Uno puede quitarse las gafas —insinuó el teniente—, y eso cambia por completo su fisonomía.

—Éste, no; si se las quitase, no podría dar un solo paso. Necesita quince dioptrías en el ojo izquierdo, y diecisiete en el derecho. Si prescindiera de las gafas, quedaría prácticamente ciego.

Tras concentrar sus recuerdos un instante, Hauser afirmó de manera categórica que entre los que rodeaban a Ridden, cuando le vio por la mañana, no había ninguno cuyas señas coincidiesen con las proporcionadas por el inspector. Yo, que había estado pensando con rapidez, hice entonces una pregunta:

—¿Es calvo?

—Todo lo contrario. Tiene un pelo canoso, pero abundante. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque, según el vigilante de uno de los muelles, a bordo del «Pelican» había un tipo de extraordinaria gordura y corpulencia, con gruesas gafas, pero calvo. Claro —añadí, asaltado por una idea repentina— que nada más fácil que afeitarse la cabeza. Y en ese caso...

Había un medio fácil de salir de dudas: ir a Miami, subir al yate e interrogar al interesado. Estábamos a seis millas de distancia. En mi coche, aun sin lanzarnos a toda velocidad, llegaríamos en menos, de diez minutos.

—Lo único malo será que el «Pelican» haya zarpado. Aunque siempre queda la posibilidad de preguntar al vigilante y enseñarle la fotografía de Burden.

Barnett tenía no uno, sino tres retratos distintos del fugitivo. Ni a Hauser ni a mí las fotografías nos decían nada; pero acaso no sucediera lo mismo con el vigilante del muelle Seis.

—¿Se van otra vez? —preguntó Vanedden, que en unión de

Noemi se acercó al vernos dispuestos a partir.

—Sí; pero espero que volvamos pronto y que tengamos pleno éxito en nuestras gestiones. Cuide de *miss* Chafer, amigo. Supongo que el peligro no tardará en desvanecerse por completo; pero por ahora existe, y me dolería que la sucediera ninguna desgracia.

—Más aún me dolería a mí —afirmó Gerald, cuando ya Barnett y el teniente habían cruzado el vestíbulo.

Tuve que correr para alcanzarles. No me molestó aquel pequeño retraso. Si mis presunciones eran exactas, si conseguíamos atrapar a Gayson, se esfumarían los riesgos que amenazaban a la joven; pero mientras le deteníamos o no, convenía que alguien velase por la chica, y nadie mejor que Gerald Vanedden.

Hicimos a setenta por hora el camino que nos separaba de Miami; cruzamos la ciudad sin detenernos, y fuimos directamente al puerto. Conduje a mis compañeros hacia el punto donde unas horas antes había visto el yate de Gayson. Fue inútil que le buscásemos en aquél y en los otros muelles. El «Pelican» se había hecho a la mar.

—Zarpó alrededor de las ocho —dijo un marinero, al que preguntamos—. Si pensaban ir en el yate, llegaron tarde. Tendrán que quedarse en tierra o alquilar una lancha rápida para darle alcance.

Buscamos al vigilante del muelle Seis, con el que yo había hablado a primera hora de la tarde. Su turno terminaba a las diez de la noche, nos dijeron, pero no sería difícil encontrarle en Joe's, una taberna de una callejuela cercana.

Allí estaba, en efecto, pero con tanto alcohol en el cuerpo, que resultaba casi imposible entender nada de lo que decía. Tuvimos que recurrir a procedimientos heroicos: sacarle a la calle y echarle por la cabeza tres o cuatro cubos de agua. Verse mojado de pies a cabeza le indignó de tal manera, que quiso lanzarse sobre nosotros. Unos cuantos golpes, administrados con rapidez y energía le hicieron entrar en razón.

—¡Claro que se largó el «Pelican»! —Gruñó, respondiendo de mala gana a mis preguntas—. Ya le dije que sólo esperaban una orden para hacerse a la mar. Vino la orden y...

—¿La trajo personalmente míster Gayson?

Movió la cabeza, en gesto negativo. Ridden había llamado por

teléfono al capitán del yate; estaba seguro de que era quien hablaba porque la llamada se hizo a la pequeña cabina que los vigilantes tenían en el muelle Seis.

—No sé de dónde llamaba, porque no me lo iba a decir a mí. Pero oí al capitán, cuando hablaba con él, decir que iría a recogerle a Key West. Supongo que estaría allí.

—¿A qué hora llegará el «Pelican» a Key West?

El vigilante se rascó, pensativo, la cabeza, y se hundió en unos cálculos demasiado complicados para su mentalidad, un tanto oscurecida aún por los vapores alcohólicos. Habiendo partido después de las ocho y teniendo que recorrer cerca de doscientas millas —había de dar un pequeño rodeo, para rehuir los bajos y cayos, que forman como una coraza protectora en torno a la extremidad meridional de Florida—, no creía que pudiese llegar antes de las tres o las cuatro de la madrugada.

—Tenemos tiempo —exclamé, satisfecho, tras consultar mi reloj—. No es más que la una, y en poco más de dos horas...

—¿Sabe si este individuo iba a bordo del «Pelican»? —preguntó Barnett, mostrando al vigilante las fotografías de Burden.

—Y ¿quién es usted para interrogarme? —respondió, receloso, el hombre, que conocía de vista al teniente Hauser, pero que ignoraba quien pudiera ser Barnett.

—Inspector del

F. B. I.

—dijo mi jefe, enseñándole su carnet—. ¿Te basta con eso, o necesitas que te encierre por negarte a cooperar con la Justicia?

La mención de la Policía federal era más que suficiente. El vigilante miró los retratos; aunque en un principio no reconoció al que aparecía en ellos, cuando Barnett le dijo que Ralph se había afeitado la cabeza, y que debía mirar las fotografías tapando el pelo del fugitivo, afirmó, sin vacilaciones:

—¡Apueste que sí, inspector! Éste es el tipo con aspecto de ballena que vi un momento a bordo del «Pelican».

—¿No pudo abandonar el yate antes de partir?

—Seguro que no. De haberlo hecho, le habría visto.

De vuelta al coche, y a punto de ponerlo en marcha para correr hacia Key West, Hauser habló para insistir en la inocencia de Ridden. Admitía, claro está, su complicidad en la entrada y salida

de agentes del espionaje extranjero; pero no su participación en el asesinato de Larry y, menos aún, en la intentona de aquella noche contra Noemi.

—Si llamó después de las ocho desde Key West, no podía estar a las nueve en Coconut Beach.

—No sabemos que llamase desde Key West —repuse en el acto—. Nadie ha dicho tal cosa, y yo estoy seguro de que no lo hizo. A las ocho, como a las nueve, Gayson estaba en las inmediaciones del Seaside. Que embarque esta misma noche y que lo haga en Key, no es más que una coartada, para tratar de probar su inocencia en el crimen que planeaba.

Tenía la plena certidumbre de que era el culpable de todo. También de que si conseguía echarle la vista encima, tendría que confesar de plano. El único temor era que llegásemos a Key West cuando se hubiese marchado. Para evitarlo, pisé a fondo el acelerador del coche, lanzándome a una marcha vertiginosa.

Fue una terrible carrera contra el reloj, que se prolongó durante dos horas. En ellas estuvimos a punto de rompernos la crisma diez o doce veces. Pero los nervios me respondieron bien: salvé todos los obstáculos que presentaba la estrecha carretera que corre a lo largo de la costa, saltando de isla en isla gracias a largos puentes, y a las tres de la madrugada entrábamos en Key West, vencidas felizmente las ciento cincuenta y seis millas del recorrido.

Marchamos directamente al puerto. De lejos pude ver la silueta del «Pelican», adosado a uno de los muelles. Detuve el coche a poca distancia, y salté precipitadamente.

—Iré delante —dije a mis compañeros—. Tengo algunas cuentas que ajustar, y quiero hacerlo personalmente.

—¡Mucho cuidado, Bob! —me advirtió, severo, Barnett—. Si hubiera algún muerto...

—No seré yo ni será Ridden. No se preocupe, inspector. También a mí me interesa vivo...

V

NEGATIVA ROTUNDA



OS motores del yate estaban ya en marcha; empezaban a girar las hélices, y dos marineros se disponían a retirar la escala, cuando me así a ella y trepé con rapidez a cubierta.

—¡Un momento, amigos! Traigo un mensaje urgente.

Los dos tipos se lanzaron sobre mí como si fuesen lobos dispuestos a devorarme. De mediana estatura, anchos de hombros, con caras de expresión bestial, su aspecto no resultaba nada, tranquilizador.

—¿Un mensaje para quién? —preguntó uno de ellos, agitando sus manazas ante mi cara.

—Para Ralph P. Burden —repuse, mientras les miraba fijamente, para comprobar el efecto que les producía el nombre.

—Se equivocó, amigo. Aquí no hay nadie de ese nombre.

—Y dese prisa en saltar al muelle, antes de que le tiremos de cabeza al mar —amenazó su compañero, avanzando como si estuviese dispuesto a poner en práctica sus palabras.

—¡Calma, muchachos! El mensaje es también para Ridden Gayson. Y a ése sí le conoceréis, ¿verdad?

—¿Qué quiere de míster Gayson? —preguntó el que había hablado segundos artes, sin cejar en su actitud agresiva.

—Se lo diré a él, si no os parece mal —contesté, con una sonrisa—. Llévame a dónde esté.

—Pero es que...

—Ni hay pero que valga ni tengo tiempo que perder —le interrumpí, colérico—. ¡Quiero ver a Ridden!

—Encantado por mi parte, Stern —dijo una voz burlona a mi espalda—. Pero ¡cuidado con él, muchachos! Sujetadle bien, porque es bastante peligroso.

Me volví rápido, mientras, en movimiento instintivo, llevaba la mano a la culata de la pistola. Pude ver entonces a Gayson, junto a la puerta abierta de uno de los camarotes, con un gesto de triunfo en la cara y un revólver en la mano.

—¡Quieto, Stern! —me aconsejó—. Tiraría yo antes, y no creo que le corra tanta prisa morir.

De estar solos, acaso pudiera haber intentado algo contra Ridden, pese a la ventaja que suponía empuñar un arma. Pero no lo estábamos, y los dos marineros se apresuraron a cumplir las órdenes de su jefe, echándose sobre mí y cogiéndome de un brazo cada uno.

—¡Quitadle la pistola, muchachos, y traedle aquí! Dentro hablaremos con mayor comodidad que en cubierta. Y tú, David —añadió, volviéndose hacia un nuevo individuo que se acercaba—: procura que salgamos cuanto antes del puerto. Mientras no estemos en alta mar...

—Ne estarás tranquilo, ¿eh? —intervine—. Pues lamento decirte que en ningún sitio podrás sentirte seguro; serías el primero que se lo sintiera sabiendo que le espera la silla eléctrica.

—A ti puede esperarte algo peor que la «silla» y mucho más rápido —respondió Ridden, haciéndose a un lado, para dejar que

mis dos guardianes, que ya me habían quitado la pistola, me metiesen a empujones en el camarote—. Pero antes quiero que hablemos un poquitín.

Había tres personas en el camarote. Una era la encantadora Lili, tan bonita y desenvuelta como de costumbre, arrellanada cómodamente en un sillón, con un vaso de «*whisky*» en la mano y mostrando con absoluto desembarazo unas piernas que en distintas circunstancias no me habría molestado admirar con el debido detenimiento. Otra resultó ser Toby Marton, y con absoluta sinceridad reconozco que me sorprendió bastante ver allí al antiguo guardaespaldas de Larry. Respecto a la identidad del individuo restante, no podía tener dudas de ninguna clase: su enorme corpulencia y el grosor de los cristales de las gafas que llevaba eran más que suficientes para reconocerle.

—¡Vaya! —exclamé, sonriente, paseando mi mirada de uno a otro de los presentes—. Parece que estamos aquí todos: mi buen amigo Ridden, la encantadora señorita Lili, el fiel guardián de Nagler y míster Burden.

—¿Cómo sabe mi nombre? —Salió el gordo, sin poderse contener y con gesto de susto.

—Como sé muchas cosas —repuse, mientras con un gesto desdeñoso libraba mis brazos de la presión de los dos marineros, que si no insistieron en sujetarme continuaron a mi lado en actitud de vigilante recelo—. Tantas, amigo Gaynor —añadí, dirigiéndome a él—, que le conviene llegar cuanto antes a un acuerdo completo conmigo.

—¿Qué sabes de Burden? —exigió, agrio y cejijunto, Ridden, sin soltar el revólver ni dejar de apuntarme un solo segundo.

—Lo suficiente. ¿Quieres convencerte? —inquirí, tuteándole, como él había hecho conmigo—. Pues te diré que su nombre completo es Ralph P. Burden, que trabajaba hasta ayer en el State Department, que desapareció de Washington llevándose una serie de documentos, y que toda la Policía americana anda sobre sus pasos. ¿Tienes bastante?

—¿Bastante para qué? —preguntó Gayson, con el ceño fruncido.

—Para el acuerdo de que antes te hablaba —mentí, deseando ganar tiempo, esperanzado en que Barnett y Hauser hubiesen podido subir al vate y acudieran en mi socorro—. Claro que ahora

no serán veinte mil; no puedo dejártelo en menos de cincuenta, y habrás de considerarlo precio de verdadero amigo.

—¿De qué está hablando? —intervino, nervioso y asombrado, Burden—. ¿Quién es este tipo?

—Un vulgar chantajista —respondió, con aire desdeñoso, Ridden—. Se cree listo, y no pasa de tonto. De no serlo, comprendería que tengo una solución mejor y más barata.

—¿Cuál? —pregunté, aunque por adelantado conocía su respuesta.

—Tirarte al mar a unas millas de la costa. Por aquí abundan los tiburones. El resultado...

—Sería desastroso para ti —le interrumpí, sin exteriorizar el menor temor—. ¿O crees que hubiera subido al «Pelican», metiéndome de cabeza en la boca del lobo, de no haber tomado antes toda clase de precauciones? ¡Despierta, Ridden! Puedo ser bobo, pero no tanto.

Vi el efecto que las palabras producían en todos los oyentes. El más asustado de todos era Burden; pero incluso el propio Gayson daba muestras de nerviosismo e intranquilidad. Logró dominarse, no obstante, y gruñó, en tono de despectiva superioridad:

—Déjate de comedias, Stern; conmigo no te servirán de nada. ¿Qué precauciones supones haber tomado que puedan llevarme a un desastre?

Apresuradamente inventé algo verosímil. En Key West había dejado unos amigos perfectamente enterados de todo. Si pasado un plazo prudencial no retornaba sano y salvo a su lado, irían a las autoridades con una denuncia concreta.

—Y cuando pretendas desembarcar en la Habana, San Juan o cualquier puerto del Caribe, encontrarás a la Policía esperándote amorosamente.

Gayson se encogió de hombros. Mis amigos no podrían probar que Ralph P. Burden viajaba en el «Pelican», sobre todo cuando llevaba un pasaporte en regla y a nombre distinto del suyo. Pero aunque lo probasen...

—Sería un delito político, para ti que no existe extradición.

Me eché a reír. Nadie podría calificar de político el delito de Burden; pero aunque lo fuese, existían convenios entre todos los países americanos para la persecución y entrega de espías,

saboteadores y terroristas, cuando existía la más ligera sospecha de que estuviesen al servicio de un común y poderoso enemigo.

—Y no sólo te reclamarán por un delito político —añadí—, sino por otro de tipa común y gravedad máxima: asesinato.

—¿Asesinato de quién?

—¿Tan frágil eres de memoria que lo has olvidado ya? De tu buen amigo Lawrence Nagler. Y no sólo eso, sino el intento de hacer lo mismo con su secretaria, Noemi Chafer.

—¡Estás loco! —murmuró, desdeñoso—. ¿Qué interés podría yo tener en liquidar a la chica?

—Hacer desaparecer un testigo que vio tu coche a la puerta del «cottage» el día y a la hora del crimen.

—¡Bah! La Policía comprobó que a esa hora estaba tranquilamente en Miami.

—Pero tú y yo sabemos que no es verdad. ¿Te sorprenderá mucho saber que te reconocí cuando me golpeaste al entrar en el «cottage»?

—¡Qué importa eso ya! —Se encogió de hombros Ridden—. Tú no se lo habrás dicho a nadie, porque siendo el sospechoso número uno, no estarías en libertad de haberlo confesado.

—Pero puedo haber dejado una declaración escrita, consignando cómo y dónde te vi.

—Que no servirá para nada —afirmó, con absoluto convencimiento, Gayson—. Produciría algún efecto sí la repitieras personalmente ante el Jurado, y no podrás hacerlo, naturalmente.

—¿Por qué?

—Porque los tiburones no te darán permiso para seguir viviendo —respondió, con una risa burlona, Ridden Gayson.

No parecía que hubiese más que hablar, pero yo necesitaba ganar tiempo. Sólo frente a cinco hombres, que vigilaban de cerca mis menores movimientos, no podía intentar nada con esperanzas de éxito, a menos que aprovechara alguna coyuntura favorable. Si por un lado me contrariaba que Gayson, Marton, Burden y los dos marineros estuvieran allí, me complacía pensando que Hauser y Barnett, caso de haber subido al yate, tropezarían con menores dificultades.

Hablar de Keith Baker y de su declaración en aquel instante no serviría de nada, excepto prorrogar la charla unos minutos, seguir

atrayendo hacia mí la atención de los oyentes y facilitar la tarea de mis compañeros. Estaba seguro de que algo estarían haciendo en aquel instante. En el peor de los casos, podía dudar del teniente: pero tenía la certidumbre de que Barnett no me dejaría en la estacada, y que fuera como fuese, habría logrado subir a bordo.

—Hay otra acusación más grave contra ti, Ridden —afirmé—. Es la de tu buen amigo Keith, que te vio entrar en el «cottage», cometer el crimen y escapar después.

Referí detalladamente todo lo que Baker me había dicho, convenientemente aumentado y desfigurado. Mientras hablaba, pude comprobar que el yate se movía con cierta violencia; indudablemente, el «Pelican» había abandonado las tranquilas aguas del puerto, para lanzarse a la mar.

Gayson escuchó con extraordinario interés y muestras de clara sorpresa cuánto dije poniéndolo en labios de Keith. Parecía evidente que todo aquello constituía una novedad para él. Cuando hube terminado, comentó, pensativo:

—De modo que fue Baker, ¿eh?

—No; Keith no llegó siquiera a entrar en el «cottage» —puntualicé—. Quien entró y al que yo sorprendí terminando su labor fue a ti.

—Pero cuando llegué, Larry estaba muerto —fue la desconcertante respuesta de Ridden—. Durante todo el día he estado pensando quién pudo hacerlo; ahora no me cabe duda de que fue Baker.

—¿Por qué iba a matar Keith a su amigo y jefe?

—Por celos. Baker parecía totalmente domesticado, y Larry se pasó de la raya, olvidándose de la historia del tipo a cuya mujer cortejaba. Keith sacó las uñas al final. Lo malo es que el crimen pudieron cargárnoslo a ti o a mí.

Se expresaba en tono de absoluta sinceridad, pero no le creía. Estaba seguro de que Baker me había dicho la verdad en la conversación sostenida en su despacho. Existía, además, una segunda parte: la intentona contra Noemi. Tanto Hauser como yo comprobamos, sin la menor sombra de duda, que Keith no se había movido del Seaside durante los dramáticos incidentes de la playa. A la chica sólo pudo intentar liquidarla el mismo que mató a Larry.

—Si Baker no intervino en un caso, tampoco debió intervenir en

el otro. Y eso confirma mi seguridad de que fuiste tú.

—Piensa lo que quieras —replicó, en tono desdeñoso, Ridden—. De cualquier forma, no podrás repetírselo a nadie.

—¿Y no crees que mi muerte constituirá una terrible acusación para ti? —pregunté.

—No; nadie podrá probar que subiste al «Pelican»; nadie podrá, por tanto, pedirme cuenta de tu suerte.

—¿Estás muy seguro, Gayson? —inquirí, con marcada ironía—. ¿Crees que, de no tener algún triunfo escondido en la manga, me hubiera puesto estúpidamente en tus manos?

—Ningún triunfo impedirá que dentro de una hora vayas amparar al fondo del mar —aseguró, con aire sombrío.

Agucé el oído, y me pareció que repentinamente cesaba el ruido de los nitores del yate. Exagerando un poco la alegría que sentía, grité:

—¿Y no has pensado que tras de mi pudieran subir al «Pelicano» unos cuantos agentes dispuestos a detenerte?

—¿La Policía, de acuerdo contigo? ¡No sueñes, muchacho! Tú no pasas de ser un chantajista y...

—¿No te dice nada —le interrumpí, rápido— que los motores se hayan parado y que el yate haya dejado de moverse?

—¡Es verdad! —afirmó, con alarma sin límites, Burden—. Los motores han dejado de funcionar. ¿Qué significa esto, Ridden?

—Significa que antes de media hora todos estaréis a buen recaudo —respondí, adelantándome a Gayson—. Que al subir a la cubierta y dejar que me atraparan tus secuaces, logré que mis compañeros subieran sin que nadie advirtiera su presencia. Y ahora...

—¡Ahora te mataré como a un perro! —Gruñó, furioso, Ridden, elevando a la altura de mi pecho el revólver que seguía empuñando.

Yo esperaba algo por el estilo desde hacía un rato, y había previsto la manera de rehuir momentáneamente el peligro. Procedí con toda rapidez, en la forma que tenía pensado. De un salto me coloqué a espaldas de Burden, cuya corpulencia me tapaba por completo. Cogiéndole del cuello, le mantuve inmóvil sin grave dificultad, porque no tenía más que grasa.

—¡Si disparas, matarás a Ralph! —chillé.

—¡No tires! —suplicó, demudado, Burden—. El primer disparo...

—«Okay» —repuso Gayson, sin bajar el revólver—. Todo será un pequeño retraso. ¡Dad la vuelta para cogerle! —ordenó a los dos marineros—. Si pretende moverse, le cazaré en el acto.

—¡Quietos todos, si os interesa seguir viviendo! ¡Tire sobre el primero que se mueva, Barnett!, el inspector os tiene encañonados. Si vuelves la cabeza, Ridden, verás que...

Era un truco viejo y gastado; lo utilicé porque no tenía nada mejor a mano; pero sin demasiadas esperanzas de que diese el menor resultado. Lo dio, sin embargo. Todas las cabezas se volvieron hacia la puerta. Durante una décima de segundo, Gayson dejó de mirar al punto en que me encontraba, aunque siguiera apuntándome.

—¡No hay nadie! —exclamó, con aire triunfal—. Ahora verá ese...

Aproveché aquel instante único para propinar a Burden un patadón en la espalda, que le lanzó de lleno sobre su amigo. Ridden apretó instintivamente el gatillo, y Ralph dio un alarido al sentir que el plomo mordía sus carnes, y se agarró a Gayson para no caer, con el resultado inevitable de que ambos rodasen por el suelo.

Yo me arrojé sin vacilaciones sobre ellos, librándome así de un balazo que Toby Marton trató de meterme en mitad de la frente. En el suelo, ya me las arreglé de forma que quedaba medio oculto tras la voluminosa humanidad de Burden, mientras alargaba la mano izquierda para apoderarme del revólver, perdido en su caída por Gayson.

Vinieron luego unos segundos de terrible confusión. Todos chillaban a un tiempo, y más de uno recurría a las pistolas. Toby Marton volvió a disparar, y el plomo pasó rozándome la oreja izquierda; pero en aquel instante ya tenía el revólver entre mis dedos, y pude darle una réplica inmediata y certera.

El grito que lanzó al caer, herido en el pecho, se mezcló con el estrépito de los disparos hechos por los marineros, aunque, por fortuna para mí, ambos estaban demasiado nerviosos y tiraron con excesiva precipitación para que sus balazos dieran en el blanco propuesto. Muerta de miedo, Lili empezó a chillar, presa de un ataque histérico. Revolcándose en el suelo, Burden decía a voces que se desangraba, y pedía un médico.

Quien de todos mis enemigos mostró mayor serenidad en aquel

trance fue precisamente Ridden. Arrastrándose, marchó hacia la puerta, mientras rebuscaba en sus bolsillos buscando un arma que reemplazarse a la que había perdido al derribarle Ralph. La encontró, y empezó a utilizarla con indudable puntería. Resguardado en el quicio, sin asomar más que la mano, ofrecía un blanco difícil para mí; doblemente difícil, por cuanto estaba totalmente ocupado contestando a los disparos de los dos marineros.

Conseguí pronto poner a uno de ellos fuera de combate, al meterle un balazo entre las dos cejas; pero el otro, cobardemente, se refugió detrás de Lili, que no cesaba de gritar, seguro de que por alcanzarle a él no querría correr el riesgo de manchar mis manos con sangre de mujer.

Me vi entonces en situación en extremo crítica. En un primer instante, la corpulencia de Burden, caído a mi lado en el suelo, me había servido de eficaz parapeto; al cabo de unos segundos, tirando desde la puerta Gayson y corrido a un extremo del camarote el marinero que se resguardaba tras la pobre Lili, a la que mantenía sujeta por el cuello, quedé enfilado por ambos. Sentí en el hombro izquierdo el mordisco doloroso del plomo, mientras la sangre me corría a lo largo del brazo. Un instante pensé que no tenía salvación posible y que, tarde o temprano, uno u otro de mis enemigos acabarían acertándome de lleno. Por fortuna, en aquel momento oí la voz del inspector Barnett, gritando a voz en cuello:

—¡Entregaos a la Policía! El que pretenda resistir...

Sorprendido y asustado, Gayson se volvió, disparando hacia el punto donde había sonado la voz. Por fortuna, Barnett tuvo mejor puntería. Ridden lanzó un alarido lastimero al sentir que un balazo le tronchaba el brazo derecho; luego, ante el temor de que el inspector siguiera disparando, suplicó, a voces:

—¡No tire, no tire! Me entrego...

Un instante después, en la entrada del camarote aparecía Hauser. Traía una pistola en cada mano y un gesto de resolución en las pupilas. Al verle, se hundió verticalmente la entereza del marinero, que le conocía de Miami; alzando los brazos y soltando a Lili, que cayó medio desmayada sobre un sillón, pidió:

—No se precipite, teniente. No pienso oponer la menor resistencia.

La lucha terminó inmediatamente. Como sabría después, Barnett y Hauser, que lograron subir a cubierta sin ser vistos mientras Ridden y sus secuaces se ocupaban de mí, habían ido sorprendiendo, desarmando y encerrando uno tras otro al capitán y a los tres marineros, que, aparte de los que estaban en el camarote, constituían toda la tripulación del «Pelican».

—¡Hola, Bob! —dijo, sonriente e irónico, según su costumbre, el inspector—. Si tardamos medio minuto más, te quedas sin contarlo.

—¡Bah! —repliqué, fanfarrón—. En otras peores he salido solo. Y cuando ustedes llegaran, ya había dado a esos tipos su merecido.

Me refería a Toby Marton y uno de los marineros, que aparecían muertos en el suelo. Al otro marinero, lo mismo que a Lili, Hauser se había dado buena prisa en ponerles las esposas. Respecto a Burden y Gayson, aunque ambos heridos —el primero tenía un balazo en el muslo izquierdo, y el segundo, el brazo derecho partido—, no corrían el menor peligro, porque sus lesiones no ofrecían gravedad extremada.

—Me alegró de que vivan —afirmó Barnett, satisfecho—; así podrán hablar.

Yo también me alegraba, porque, pese a sus negativas, seguía convencido de que Bielden era el asesino de Larry, y esperaba que, estrechado a preguntas y sabiéndose sin escapatoria posible, acabaría por confesar toda la verdad.

Pero tuvimos que esperar varias horas antes de poder iniciar los interrogatorios a fondo. Tuvimos que volver primero a puerto, y aunque sólo nos habíamos alejado media milla, tardamos cerca de una hora en poner en marcha los motores y regresar al muelle, luchando con nuestra falta de práctica para manejar un yate y con el oleaje de un mar repentinamente embravecido.

Las dificultades mayores surgieron, no obstante, una vez en tierra firme. Apenas atracados, avisamos a la Policía local, que acudió con presteza. Necesitábamos su concurso para conducir los presos a la cárcel; los heridos, a dónde pudieran ser curados, y realizar un minucioso y ordenado registro del «Pelican». Tropezamos entonces con un capitán de los más obstinados y torpes que conocí en todos los días de mi vida.

—Ustedes no tienen autoridad en Key West —afirmó determinante—. Soy yo quien tiene que llevar a cabo todas las

investigaciones del caso.

No le faltaba razón, en lo que afectaba a Hauser, que pertenecía a la Policía de Miami. Pero tanto Barnett como yo formábamos parte del

F. B. I.,

cuya jurisdicción alcanza a todos los puntos del territorio nacional, siempre que se trate de delitos que violen las leyes federales o pongan en peligro la seguridad del país.

—Y la fuga de un empleado del State Department, llevándose documentos del mayor interés, es el caso más claro que pueda presentarse.

Entre discutir con el capitán, telefonear a Washington, a fin de que desde la capital federal le hablase, alguien que le hiciera entrar en razón y curar a los heridos, perdimos tontamente más de tres horas. Entre los heridos estaba yo, naturalmente. Por fortuna, la herida del hombro izquierdo —un limpio balazo en sedal— no afectaba al hueso ni a ningún músculo importante, y después de curado pude mover sin gran dolor el brazo y la mano del mismo lado.

Con todo, eran más de las siete de la mañana cuando Barnett y yo comenzamos, en presencia de Hauser, el interrogatorio de los principales de los detenidos. Burden no nos llevó mucho tiempo. Todo lo que tenía de grande y de gordo lo tenía de cobarde. Se derrote desde el primer instante, y nos dijo cuánto sabía. Hacía años que estaba al servicio de una potencia extranjera, a la que facilitaba ciertas informaciones a través de determinados individuos, cuyos nombres y señas nos dio. Esos mismos individuos, al saber que la Policía federal vigilaba sus pasos, le habían preparado la fuga, llevándose de paso todos los documentos de interés que tenía a su alcance.

—Tomé un avión en Filadelfia con rumbo a Nueva Orleáns; allí otro para Palm Beach, donde ya me estaba esperando un automóvil, que me llevó a Miami. Yo sabía que en Florida había dos personas influyentes dispuestas a sacarme del país, y que ambas estaban advertidas de mi viaje: una era Ridden Gayson; la otra, Lawrence Nagler.

—¿Estás seguro de que Nagler estaba comprometido también?
—pregunté, interesado.

—Completamente. Por desgracia, como supe al llegar a Miami, a Lawrence le habían matado la noche anterior.

¿Quién le había matado? Yo suponía que Burden debía saberlo. Al preguntarle si había sido Ridden, replicó:

—Probablemente, sí. Por llevarme a lugar seguro, en unión de los documentos que portaba, había quien estaba dispuesto a pagar hasta cien mil dólares. No me extrañaría que Gayson hubiera asesinado a Nagler para quedarse con todo el dinero.

Yo estaba seguro por mi parte, y Hauser, definitivamente curado de sus sospechas contra mí y de su respeto por la influencia y el dinero de Ridden, opinaba lo mismo. Acaso por ello fue mayor nuestra sorpresa cuando el interesado se encerró en una negativa rotunda.

—Estoy dispuesto a responder de lo que haya hecho —dijo Gayson, con entereza—; pero no de lo que otros quieran cargarme.

Admitía —acaso porque luego de las explícitas declaraciones de Burden no tenía posibilidad alguna de negarlo— su complicidad con la red de espionaje extranjero; reconocía que eran varios los saboteadores que habían metido en el país y otros tantos los fugitivos a cuya huida contribuyó de manera decisiva. Ni siquiera puso demasiado empeño en defenderse de las acusaciones que Hauser y yo le lanzamos de dedicarse al contrabando de drogas e incluso a la trata de blancas.

—De haberme negado yo, otros hubieran realizado esos negocios —sostuvo, con un cinismo escalofriante—; preferí, como es lógico, que el dinero fuese para mí.

Rechazaba, sin embargo, con aire de dignidad ofendida, la suposición de que hubiera asesinado a Larry. Sostenía en un principio que, al salir del Edén Rock, había marchado a Miami, pasando sin detenerse por delante del «cottage». Luego, cuando le leímos la insinuación de Ralph, de que pudo matar a Nagler para quedarse con el dinero ofrecido, y, sobre todo, cuando yo repetí lo que Keith Baker me había dicho, exagerando un poco la nota al afirmar que le reconocí cuando me agredió en la misma habitación en que se perpetró el crimen, cambió de manera de pensar.

—Será preferible —dijo— que cuente toda la verdad.

De creerle —y en aquel punto concreto no cabía dudar de su palabra—, el difunto Larry era un miserable en todas las acepciones

de la palabra. Había hecho dinero con los negocios más vergonzosos, y seguía haciendo fortuna, sin preocuparle los medios. A Deal y a sus amigos les denunció a la Policía federal, porque se negaron a un intento de chantaje.

—Conmigo lo pretendió también. Cuando fue al Edén Rock la noche de su muerte, me advirtió que, si antes de doce horas no le había entregado cincuenta mil dólares, denunciaría mi complicidad en la fuga de Ralph P. Burden.

Ridden simuló acceder, y quedaron en verse a solas en el «cotagge» alrededor de las doce; como anticipo, Gayson le llevaría veinte mil dólares, dándole los treinta mil restantes a la mañana siguiente.

—Y usted decidió matarle para ahorrarse el dinero, ¿no? —preguntó, intencionado, el inspector Barnett.

—Sí —admitió Ridden—. Cuando media hora después que él abandoné el Edén Rock, iba dispuesto a matarle, y creía poder hacerlo sin correr graves riesgos. A aquella hora, los alrededores del «cottage» estarían desiertos y no me vería nadie; por la cuenta que le tenía, Larry procuraría no tener gente alrededor y...

—¿Quién emborrachó o narcotizó a Marión? —le interrumpí.

—El propio Larry. Suponía que Toby estaba de acuerdo conmigo, lo que era cierto, y no le agradaba la perspectiva de tener que enfrentarse a un tiempo con nosotros dos. Repito que fui sólo hasta el «cotagge», llevando empalmada en el bolsillo la pistola que arrebaté poco antes a Stern. Pensaba matar con ella a Nagler y dejarla tirada junto al cadáver, luego de limpiar mis huellas dactilares, de forma que nadie dudase en cargarle el crimen. Entré sin que nadie me viese...

—Y disparó contra Larry —completó Hauser, viendo que Ridden dudaba en continuar.

—No. Alguien se me había adelantado, y Larry aparecía muerto, en el centro de su despacho. Llevaba tres minutos escasos examinando sus papeles, por si encontraba algo que pudiera llevarme, cuando oí ruidos de pasos. Me pegué a la puerta de entrada y esperé. Al entrar Stern, le sacudí con fuerza por la espalda, para hacerle caer sin sentido, y eché a correr. Subí al coche, pisé al acelerador, y a los diez minutos estaba en Miami, preparándome una buena coartada, por lo que pudiera suceder.

—¿Por qué no busca algo mejor, Ridden? —saltó, indignado, Hauser—. ¿Cree que nos vamos a creer esa paparrucha?

Pero aunque le acosamos a preguntas, no conseguimos absolutamente nada. Veinte veces distintas hizo el mismo relato, y las veinte aseguró que, cuando entró en el «cottage», Larry estaba muerto ya.

—Pueden creerme o no creerme —dijo, al final, con aire cansado—. Comprenderán que con lo que tengo encima, poco podría importarme reconocer que había liquidado también a Nagler.

—¿Por qué no lo reconoces de una vez? —pregunté, con mal disimulada irritación.

—Porque no quiero que se salga con la suya el que preparó la trampa para cargarme un crimen que no había cometido.

—¿Negarás también haber intentado asesinar a *miss* Chafer a las nueve de la noche, y luego de hacer que Lili me telefonease para que me presentase en el lugar del crimen, de forma que todas las culpas recayeran sobre mí? —Torné a inquirir, más exaltado a cada instante.

—¡Claro que lo niego! Como que llegué a Key West a las siete de la tarde y no me he movido del hotel hasta la salida del yate.

—¿Telefoneaste desde aquí al «Pelican» para que emprendiera la marcha?

—Desde luego. Puede comprobarlo sin la menor dificultad, porque llamé desde el Gripe Hotel, donde estuvimos cenando Lili y yo.

Eran las nueve de la mañana cuando, terminado el interrogatorio de Gayson, fuimos al Jefferson para desayunar. Barnett estaba radiante de satisfacción. Había conseguido en pocas horas uno de los éxitos más completos y espectaculares de su carrera. Habló con Washington, y salió de la cabina telefónica más contento que había entrado.

—Hoover quiere felicitarte personalmente por tu labor, Bob —me dijo—. Pero no es preciso que te des mucha prisa en marchar a Washington. Puedes quedarte aquí descansando unos días, que bien lo mereces. Y ahora, lo mejor que podemos hacer es irnos a descansar. Todo está resuelto ya, y estamos molidos del ajetreo de la madrugada.

—Aún hay algo que no está del todo claro, inspector —repuse, pensativo—: el asesinato de Larry.

—Creo que no hay duda de que fue Gayson, como pensabas anoche —respondió Barnett—. La explicación que da es demasiado rebuscada para que podamos concederle el menor crédito.

—Pienso lo mismo —afirmó Hauser—. Ese tipo miente con un cinismo asombroso. Pero si ayer consiguió engañarme en Miami, hoy sé de sobra a qué atenerme.

No parecía que hubiese más que hablar. Hombre inteligente y habilidoso, Ridden admitía un delito cuando no existía posibilidad de negarlo; pero rechazaba otro —el más grave de todos—, esperando engañarnos con su aparente sinceridad.

—Al final acabará confesando. Tardará más o menos, pero tendrá que reconocer que le mató él.

Yo no estaba nada convencido, sin embargo. Según mis deducciones, el asesino de Larry tenía que ser el mismo que hubiese intentado terminar con *miss* Chafen Si se demostraba que Gayson no había participado en la intentona de la playa, habría motivos para dudar de que hubiese cometido el primer crimen, Y la comprobación resultaba bastante fácil.

—Váyase a dormir si quiere, inspector —dije a Barnett—. El teniente y yo nos daremos una vueltecita por Key West.

Hauser arrugó el ceño, porque tenía verdaderos deseos de meterse en la cama; pero no supo negarse a mi requerimiento. Le llevé directamente al Cripe Hotel. No me costó trabajo averiguar lo que deseaba. El nombre del F. B I., fue suficiente para que me dieran toda clase de explicaciones.

—Sí; cenaron aquí entre ocho y nueve de la noche. ¿Que si hizo alguna llamada telefónica mister Gayson? ¡Veamos, veamos! Sí; aquí está. Llamó a Miami a las ocho y diez exactamente, y estuvo hablando por espacio de nueve minutos.

Era más que suficiente. Entre Key West y Coconut Beach hay ciento cincuenta millas; sí habló desde el Cripe Hotel después de las ocho, no pudo estar antes de las nueve en la playa.

—Empiezo a pensar que tiene razón, y que no mató a Larry —dije, pensativo.

—¿Quién pudo matarle, entonces? —preguntó, sorprendido e incrédulo, el teniente.

No lo sabía, naturalmente. Recordé mi primitiva lista de sospechosos, y comencé a examinarla de nuevo mentalmente. Procedí por exclusión, tratando de encontrar al culpable. Ridden y Lili habían quedado al margen, al no poder participar en la intentona contra Noemi. Toby Marton tampoco pudo perpetrar el crimen, porque estaba narcotizado a la hora de cometerse. A mí mismo no podía inculparme, a sabiendas da mi inocencia.

—Quedan cuatro personas —dije a Hauser: Keith Baker, Caryl Preston, Gerald Vanedden y Noemi Chafer.

—¿Pretende meter entre los sospechosos a *miss* Chafer —inquirió, confuso, el teniente— y excluye a *mistress* White, por la que tanto se interesaba ayer?

—Tiene razón, amigo —hubo de reconocer—. Por tanto, los sospechosos son cinco, y acaso la persona que usted ha mencionado sea la clave de todo.

De los cinco —en el viejo Nicholas Maxfield no había que pensar, y no me tomé la molestia de mencionarlo siquiera— era preciso excluir a Baker, que tampoco pudo intervenir en la agresión a Noemi. De *miss* Chafer me repugnaba dudar, porque me precio de conocer a las personas, y aquella chica no podía ser una criminal.

—Aparte —insinuó Hauser— de que estaba bañándose con Vanedden en el momento de cometerse el crimen, lo que es una magnífica coartada para los dos.

—A medias, nada más —repuse—, porque cuando yo les vi de lejos en la playa. Larry debía llevar diez o quince minutos muerto. Pero si admitimos la inocencia de ambos, quedan únicamente Caryl Preston y *mistress* White.

—Pero ¿qué motivos podían tener ninguno de los dos para matar a Larry y, menos aún, para desear la desaparición de *miss* Chafer?

—Eso es precisamente lo que trato de averiguar —replique, meditabundo—. Es posible que el apellido White y la procedencia de Jersey City sean algo más que simples y casuales coincidencias.

De vuelta en el Jefferson Hotel, y luego de pensar detenidamente el camino a seguir, me decidí a hablar telefónicamente con Nueva York. Llamé al despacho de Caryl Preston, diciendo que deseaba saber si tenían ellos archivado el testamento del difunto míster White. Tras una ligera vacilación, y

decidiéndose a hablar únicamente cuando afirmé que era un inspector del

F. B. I.,

y que me interesaba el testamento por algo relacionado con la defensa nacional, el empleado que se puso al teléfono dijo que el testamento estaba depositado en las oficinas de

Drake & Wallis,

una firma de abogados de Jersey City.

Mi llamada inmediata fue a Jersey City.

Drake & Wallis

admitieron que allí tenían el testamento, pero se negaron a leérmelo por teléfono. Era un documento privado, que no estaban obligados a revelar a nadie.

—«Okay», amigos —dije, irritado—. Haré que les llamen desde Washington para que cambien de manera de pensar.

Hablé con el cuartel general del

F. B. I.;

con el inspector Dulles, buen amigo mío. Le conté en pocas palabras le que sucedía, y conseguí que presionara a

Drake & Wallis

para que, saltando por encima del secreto profesional, se decidieran a leernos las cláusulas más importantes del testamento del difunto White.

—¿Por qué le interesa tanto ese testamento? —me preguntó Hauser, cuando salí de la cabina para dar tiempo a que el inspector Dulles hablase con los Abogados de Jersey City.

—Porque o estoy equivocado de nuevo —repuse—, o es la explicación de todo lo sucedido en Coconut Beach.

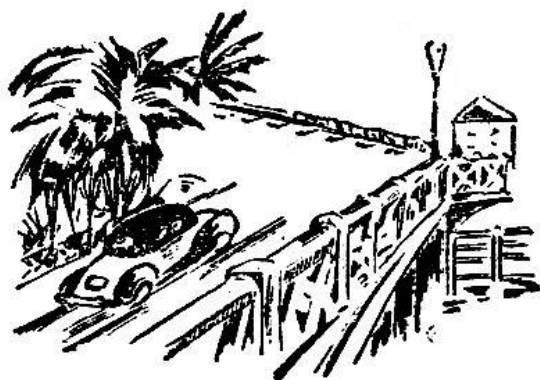
Cuando, veinte minutos después, volví a telefonar a Jersey City, comprobé que la gestión de Dulles hábil dado el fruto apetecido. Un poco a regañadientes, los abogados me dieron las explicaciones que deseaba.

—¿Encontró lo que buscaba, Stern? —inquirió el teniente, cuando me vio salir de la cabina con aire satisfecho.

—Por entero, Hauser. El difunto White dejó dos millones de dólares al morir. De ellos, su viuda recibiría quinientos mil dólares desde el primer instante, y el resto, si se demostraba que había muerto una hija que el viejo tuvo en su primer matrimonio.

—¿Y esa hija?

—Es Noemi Chafer, naturalmente. ¿Lo comprende ahora, teniente?



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

VI

LA CORTINA DE HUMO



AUSER lo comprendía ya, como comprendía la urgencia de actuar sin pérdida de minuto. Yo no creía que pudiéramos tropezar con la menor dificultad e inconveniente. Pero mi optimismo sufrió un duro golpe luego de dos llamadas telefónicas a Coconut Beach. En el «cottage» de la playa, donde debía estar la muchacha, no cogió nadie el teléfono. En el Seaside, en cambio, me dijeron algo que hizo que el corazón acelerase sus latidos:

—Míster Preston no está, señor. Salió hace diez minutos escasos.

¿Con *mistress* White? Sí; desde luego. Iban a pescar a Dweligh Cliffs. ¿*Miss* Chafer? También salió con ellos y con míster Vanedden.

Dweligh Cliffs era un áspero promontorio rocoso, que separaba las playas de Coconut Beach y Coral Gables; se adentraba en el mar cerca de dos millas, con duros acantilados, en los que se rompían las olas entre cataratas de espuma. Durante las horas de bajamar, quedaban unidos a tierra algunos ingentes peñascales, que al subir la marea se convertían en islas, y en todo momento ofrecían un acceso arriesgado y difícil.

—Es un lugar soberbio para pescar, sobre todo cuando el mar está agitado como hoy —dijo al teniente—. Pero también el mejor sitio para cometer un crimen y hacerlo pasar por un accidente.

—¿Teme por la vida de *miss* Chafer, Stern?

—Tanto que, por mucha prisa que nos demás, probablemente solo llegaremos a tiempo para buscar su cadáver, y castigar al asesino.

Despertar al inspector y convencerle para que nos acompañase, hubiera significado una pérdida irreparable de tiempo. Además, el asunto que ahora tentamos entre manos, ninguna relación guardaba con el motivo del precipitado viaje de Barnett a Florida.

—Iremos los dos solos —dijo al teniente, mientras sacaba el coche del garaje—. Será otra carrera contra el reloj como la de anoche, con grave riesgo de rompernos la crisma en cualquier revuelta del camino. Pero ahora tendrá que conducir usted, porque yo no puedo fiarme del brazo izquierdo.

Aunque puso algunos reparos, afirmando que no pedía compararse conmigo al volante de un coche Hauser resultó un conductor de primera. Hicimos durante todo el camino una media superior a las setenta millas por hora, y a las doce y media de la mañana abandonábamos el automóvil a la entrada de la escabrosa senda que conducía a la punta de Dweligh Cliffs, a través de un par de millas de accidentado recorrido.

—¡Corramos! —dijo, saltando del coche, apenas éste detuvo su marcha—. Si nos damos prisa, acaso lleguemos a tiempo para evitar el crimen.

El teniente me siguió con toda la rapidez que sus piernas le permitían. Pero tenía diez años más que yo y muchas libras de grasa

y, pese a toda su voluntad, no consiguió sostener el tren marcado por mí, y hubo de quedarse retrasado. No quise esperarle, porque la vida de Noemi podía depender de que llegase un minuto antes o un minuto después.

En el extremo del promontorio, y en lo alto de un acantilado, distinguí las figuras de dos personas. Corrí hacia ellas, con la esperanza de que fuesen la muchacha y Vanedden; al acercarme, comprendí mi error. Eran la señora White y Caryl Preston, que me veían aproximarse con expresión de asombro y acaso de temor.

—¿Dónde está *miss* Chafer? —pregunté, al llegar a treinta yardas de distancia.

—¿Por qué lo pregunta? —inquirió Preston, nada dispuesto a decir lo que me interesaba.

—Porque necesito verla en el acto —afirmé—. Es cuestión de vida o muerte. Si se niega a responder, tendrá que vérselas con la Policía.

Mi amenaza le hizo cambiar de color. Le vi luchar consigo mismo, pero no se atrevió a negar que supiese dónde estaba la chica. De manera un tanto confusa, dijo que había ido a los peñascales, que la bajamar dejaba unidos a la tierra firme, para pescar en unión de Vanedden.

Añadió algo más, pero ya no le oí. Zigzagueando por la pared rocosa, una estrecha senda descendía hasta la lengua de arena que conducía a los ingentes peñascos, que apenas emergían del agua al subir la marea. Contra el primero de aquellos peñascos, el oleaje se rompía con estruendo ensordecedor.

De pronto oí un ligero estampido, y algo pasó silbando cerca de mi cabeza. Podía ser un balazo, desde luego; pero también una fantasía de mi mente sobreexcitada. En cualquier caso, no tenía tiempo para investigar la verdad. Seguí corriendo hacia los peñascales, llamando a gritos a Noemi, sin grandes esperanzas de que pudiese oírme entre la sinfonía de las olas rompiendo contra el acantilado.

Bordeé el primer peñasco, sin molestarme en trepar por sus escarpadas paredes, porque no vi a nadie en su cumbre. En el segundo, en cambio, pude distinguir a *miss* Chafer. El viento pegaba sus ropas al cuerpo y bacía flotar en el aire su larga cabellera. Tenía un aparejo de pesca en la mano, y parecía muy excitada.

La llamé a gritos, pero rió me oyó. De repente vi surgir a su espalda a Gerald Vanedden. Llevaba un grueso pedrusco en la mano, y se abalanzaba sobre la indefensa muchacha. Yo disparé sin vacilaciones; aunque el disparo no le hirió, acaso porque tiré con excesiva precipitación, sin apuntar siquiera, el balazo pasó lo suficiente próximo para alterar sus nervios. Como quiso la suerte, que la joven se moviera ligeramente en aquel instante, el golpe que Vanedden dirigía a su cabeza, la dio en el hombro.

La muchacha lanzó un alarido lastimero, y vaciló sobre sus pies. Alzando de nuevo la mano donde llevaba al pedrisco, Gerald quiso volverla a golpear, pero me adelante yo. Apunté ahora con cuidado antes de apretar el gatillo. El balazo dio donde me proponía. Herido en la cabeza, Vanedden dio unos pasos vacilantes, faltó el suelo bajo sus pies, y se derrumbó desde sesenta pies de altura sobre las rocas donde se estrellaban las furias desatadas del Océano.

Angustiada, incapaz de comprender lo que pasaba ante sus ojos, Noemi se sentó en lo alto del peñasco, tapándose los ojos con las manos y sollozando, aterrada. Cuando llegué a su lado, temblaba de pies a cabeza y su cara reflejaba un agudo terror.

—Quiso matarme, ¿verdad? —preguntó, cuando le hube contado en pocas palabras lo sucedido, y refiriéndose a Gerald, que aparecía abajo, destrozado entre las rocas azotadas por las olas.

—Sí —repuse—. Y la hubiese matado en tal forma, que todo el mundo, excepto yo, naturalmente, habría dado por cierto que se trataba de un accidente.

Tuve que ayudarla a bajar del peñasco y a atravesar la lengua de arena que conducía al promontorio de Dweligh Cliffs. Logró dominar sus nervios con un poderoso esfuerzo de voluntad, y cuando iniciamos la ascensión de la estrecha vereda que zigzagueaba por la pared rocosa, pudo avanzar por su pie, unos pasos detrás de mí.

Al doblar uno de los recodos del sendero, pude ver a Caryl Preston, veinte yardas por encima de nosotros, mirando con atención hacia abajo. Al descubrirme, seguido por Noemi, lanzó un grito de rabia y coraje. Casi al mismo tiempo apareció una pistola en su mano derecha y comenzó a disparar.

Fue tan repentina e inesperada la agresión, que me cogió totalmente desprevenido. Cuando quise reaccionar, era ya

demasiado tarde; un balazo me había atravesado el brazo derecho y no podía manejarlo para nada. Quedé así durante una décima de segundo, al descubierto e indefenso, a merced del abogado.

—¡Os mataré a los dos! —le oí gritar, furioso.

Pero resonó un disparo, y no fue él quien lo hizo. Le vi llevarse las dos manos al pecho, con gesto desesperado, y caer pesadamente, quedando inmóvil en el borde mismo del acantilado.

—Pueden subir con toda tranquilidad —gritó Hauser, que apareció pistola en mano y jadeante en lo alto de la pendiente—. La carrerita me ha hecho perder lo menos diez libras, pero las doy por bien empleadas porque, por una vez al menos, conseguí llegar a tiempo...

Cuando logramos coronar la ascensión, pude ver no sólo que Caryl Preston había muerto, sino que *mistress* White —cuyas muñecas había adornado el teniente con unas relucientes esposas— nos miraba con expresión de odio sin límites. No fue mucho más lo que entonces vi, porque el cansancio de dos noches sin dormir, unido a la pérdida de sangre de la herida del brazo, vencieron mi resistencia y me fallaron las piernas, se me cerraron los ojos y perdí el conocimiento.

Al volver a la vida me encontré en un sanatorio de Miami. Con asombro supe que habían transcurrido veinticuatro horas de los dramáticos sucesos de Dweligh Cliffs. Al parecer, luego de recobrar un momento el conocimiento después de ser curado de primera intención y sufrir una transfusión de sangre, había caído en un sueño reparador.

—Los médicos dijeron que nada le convenía tanto como dormir —dijo Noemi, convertida, según todos los síntomas, en enfermera mía—, y no quisimos despertarle.

Una hora después vinieron a verme el inspector Barnett y el teniente Hauser. Ambos rebosaban satisfacción, especialmente Hauser, que ya había sido propuesto para ascender a capitán. Los periódicos de la mañana publicaban extensos relatos de lo ocurrido, y en ellos no regateaban elogios para ninguno de los que intervinimos en la captura de Burden ni el descubrimiento de los asesinos de Larry.

—Los mayores elogios son para usted —me dijo Hauser—, y enteramente merecidos. Sin su habilidad e inteligencia, jamás

hubiéramos llegado a sospechar que Vanedden y Preston tenían nada que ver en la muerte de Nagler.

—Yo mismo —afirmó el inspector— estaba convencido de la culpabilidad de Gayson. Incluso ahora seguiría dudando, de no ser por la explícita confesión de *mistress* White.

La viuda había revelado con entera claridad el siniestro plan trazado por Caryl Preston para apoderarse del millón y medio de dólares que correspondían a la hija de su difunto esposo: Sabiendo que la muchacha trabajaba como secretaria de Larry, el abogado le recomendó como detective particular encargado de protegerle a Gerald Vanedden, cuya misión fundamental consistía no en proteger al jefe, sino en buscar la manera de terminar con Noemi.

—Lo que no comprendo —afirmó Barnett— es cómo pudiste sospechar de ellos.

—Me extrañó la coincidencia de apellidos y que la viuda procediera de Jersey City, donde había nacida, *miss* Chafer precisamente. Durante algún tiempo, estuve desorientado por la, para mí, indudable culpabilidad de Ridden; cuando ésta dejó de parecerme incuestionable, lo demás fue un trabajo vulgar, casi rutinario.

Ni el inspector ni Hauser encontraban que los razonamientos que me habían conducido a adivinar la verdad tuviesen nada de sencillos ni vulgares. Ante sus preguntas, me vi obligado a explicar mi pensamiento.

—Es muy corriente —dije— que se cometa un segundo crimen para ocultar al culpable del primero. El asesino, que sabe o sospecha que alguien pudo verle cometer su delito, mata a quien puede convertirse en principal testigo de la acusación. En este caso concreto, se quiso dar la misma impresión; la única originalidad consistía en que la verdad era la contraria.

—¿Cuál era la verdad contraria? —preguntó, con evidente desconcierto, Barnett.

—Que no se cometía el segundo crimen para ocultar el primero, aunque así lo pareciera a simple vista, sino que el primero era, por el contrario, una cortina de humo destinada a despistarnos con respecto a los culpables del segundo, que era el único que verdaderamente importaba a sus autores. De haber tenido éxito la intentona de la playa, todos, empezando por mí, hubiésemos dado

por cierto y probado que a *miss* Chafer la había matado la misma persona que a Larry.

—Lo que habría resultado cierto —intervino Hauser—, porque los dos delitos fueron obra material de Vanedden.

—Pero ninguno hubiésemos sospechado de él, porque no habríamos investigado el pasado de *miss* Chafer para descubrir un posible enemigo, ya que, dado lo sencillo y limpio de su vida, no parecía tener ninguno. Dábamos por descontado que la joven había muerto víctima de alguno de los múltiples enemigos de Larry; habríamos precedido contra Ridden Gayson, Keith Baker, Lili o cualquiera de los que tenían cuentas pendientes con Nagler, nunca contra Preston, que parecía su mejor amigo, y menos aún contra Vanedden, que en el primer delito se había buscado una magnífica coartada, respaldada precisamente por la víctima del segundo crimen.

Barnett habló entonces para decir algo que yo sospechaba ya. Según las declaraciones de *mistress* White. Gerald había matado a Larry, luego de saber que Gayson iría a verle aquella noche a solas y de excitar los celos de Baker, haciéndole creer que su mujer visitaría a Nagler a las doce. Le mató por la espalda, sin darle tiempo a defenderse, cuando estaba examinando algunos papeles en su caja fuerte, y salió corriendo hacia la playa cercana, donde le esperaba *miss* Chafer, arrojando al agua el arma que le sirvió para cometer el crimen.

—Y fue la propia viuda quien me telefoneó a la tarde siguiente para que fuese a la playa, ¿no? —Más que preguntar, afirmé.

Barnett y Hauser asintieron. Como, contra las esperanzas de Vanedden y Preston, ni Ridden, ni Baker parecían demasiado sospechosos a los ojos de la Policía, que centraba su atención en mí, resolvieron elegirme como víctima propiciatoria. Mi suerte fue que, asaltado por una natural impaciencia, fuese a la playa veinte minutos antes de la hora señalada.

—Y que yo, que desconfiaba de usted más que de nadie —arguyó el teniente—, le siguiera de cerca las pasos.

—Lo que demuestra que basta el error de un policía —afirmé, sonriente— para tirar por tierra lo que pretende ser un crimen perfecto.

—El crimen perfecto no existe —dijo, en tono doctoral, Barnett

—. Los asesinos pueden ser muy inteligentes y tomar todas las precauciones imaginables. Pero hay una Inteligencia superior, que frustra los planes mejor trazados, y los delincuentes sin la menor excepción acaban pagando muy caras todas sus culpas.

FIN

COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN
LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS

EL MUNDISTO DE HOY

Obras inéditas de gran altura literaria, por autores de fama internacional, con una presentación exquisita.

Publicación semanal — 5 Ptas.

LA VENTURA DEL F. B. I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, relata las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F. B. I.

Publicación quincenal 1,25 Ptas.

LEON DE OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofrantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 5 Ptas.

PROEZAS

Nuevo género novelístico que ofrece emocionantes aventuras y realistas pasiones humanas, por autores de fama reconocida.

Publicación semanal — 5 Ptas.

PEPOTE

Magnífica y original revista de humor para MAYORES, impresa a todo color con la colaboración de los mejores dibujantes humoristas.

Publicación quincenal — 3 Ptas.

QUEQUE TIENGO

Única serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la peligrosa vida de un agente secreto norteamericano por todos los países del mundo.

Publicación quincenal 1,25 Ptas.

F. B. I.

LA COLECCION SIN RIVAL

NOTAS

[1] Véanse los números 168 y 220 de esta misma Colección, titulados, respectivamente, «Yo, el juez» y «La garra en-guantada».

< <